

# **DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE: PARTIDARIOS Y DETRACTORES (CUATRO SIGLOS DE GONGORISMO)**

*(Discurso de ingreso como Académico Numerario, adscrito a la Sección de Bellas Letras, leído el 17 de noviembre de 2011)*

---

ANTONIO CRUZ CASADO  
ACADÉMICO NUMERARIO

---

## **RESUMEN**

La obra y la figura de don Luis de Góngora y Argote (1561-1627) han llamado la atención de la crítica durante más de cuatro siglos, al menos desde que se difundieron en la corte las inconclusas *Soledades* y la *Fábula de Polifemo y Galatea*, hacia 1613, y con más intensidad a partir de ese momento. Las actitudes con respecto al escritor cordobés ofrecen habitualmente dos posiciones: la de los poetas que lo denigran frente a los comentaristas que lo alaban. Además, la fama de Góngora ha pasado por altibajos: desde su momento de apogeo en los siglos XVII y, de nuevo, en el XX, hasta el declive y el rechazo que sufre en una etapa intermedia, durante los siglos XVIII y XIX, sobre todo en lo que se refiere a sus obras mayores. Al análisis de esta trayectoria está dedicado este discurso, mediante la aplicación de algunos rasgos de la corriente crítica alemana llamada estética de la recepción.

## **ABSTRACT**

The works and personality of don Luis de Góngora y Argote (1561-1627) have been object of attention from researchers for more than four centuries, at least since the unfinished *Soledades* and the *Fable of Polifemo and Galatea* were distributed in court, around 1613, and more intensely from that moment on. The stances towards the Cordoban writer usually offer two viewpoints: that of the poets who belittle him opposing those commentators who praise him. Furthermore, Góngora's reputation has seen ups and downs: from the moment of its peak in the 17<sup>th</sup> and 20<sup>th</sup> centuries, to the decline and rejection he suffers in an intermediate stage, during the 18<sup>th</sup> and 19<sup>th</sup> centuries, especially in what concerns his major works. This speech is devoted to the analysis of this career in the criticism of his works, by applying the principles of the German theory of literary studies called 'reception-aesthetics'.

**PALABRAS CLAVE**

Poesía. Siglo de Oro. Góngora. Fama póstuma. Siglos XVII al XX. Estética de la recepción.

**KEY WORDS**

Poetry. Spanish Golden Age. Góngora. Posthumous reputation. 17th to 20th centuries. Reception-aesthetics.

Y así, por no dilatar más este pensamiento, concluyo por consuelo del mío, con aquel dístico de Ovidio, en la Elegía décima de su primer libro:

*Scindentur vestes, gemmae frangentur, et aurum:  
Carmina quam tribuent, fama perennis erit.*

*Todo se acabará con los diversos  
cursos del tiempo, el oro, los vestidos,  
las joyas y tesoros más válidos,  
y no el nombre inmortal que dan los versos.*

Bernardo de Balbuena, *Compendio apologético en alabanza de la poesía* (1604)<sup>1</sup>.

**Saludos y agradecimientos**

Excmo. Sr. Director de esta Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, prestigiosa institución, cuyo bicentenario acabamos de cumplir, Ilustrísimas autoridades, Ilustre cuerpo académico, Sras. y Sres., querida familia, queridos amigos: me cabe el honor y el contento de pronunciar esta noche ante Vds., ilustrísimas señoras, ilustrísimos señores, mi discurso de ingreso en esta docta casa, en la que tantos críticos, intelectuales y artistas cordobeses han tenido y tienen acogida desde hace más de doscientos años. A ellos me gustaría unirme, como el último de todos, tanto cronológica como intelectualmente. Esta aceptación en tan selecto círculo académico no se debe a mis escasos merecimientos personales sino más bien a la bondadosa decisión con que un grupo de sus componentes más cualificados decidieron honrarme en su momento. Bien es cierto que, a lo largo de mucho tiempo, dos décadas largas (“que veinte años no es nada”, dice el tango popularizado por Gardel), he venido cumpliendo en lo que he podido con las tareas que esta Real Academia, sus directivos y representantes, han tenido a bien confiarme, como un académico correspondiente más y, de manera especial, como secretario del Instituto de Estudios Gongorinos<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Bernardo de Balbuena, *Grandeza mexicana*, México, Melchior Ocharte, 1604 (facsimil: México, Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, 1927). El *Compendio apologético en alabanza de la poesía*, del mismo autor, ocupa el resto del volumen a partir del folio 120 r., y ss.; la cita se encuentra al final del tratado citado, f. 140 v., grafía actualizada. En el mismo texto se encuentra una temprana referencia a Góngora, entre las que se hacen a muchos otros poetas y a diversos nobles: “el agudísimo don Luis de Góngora”, f. 135 r. Por lo que respecta al original latino, como dice Balbuena, se encuentra en los últimos versos de la “Elegía X” del *Amorum Liber Primus*, de Ovidio, cfr., P. Ovidii Nasonis, *Opera Omnia*, Lipsiae, In Libreria Veidmania, 1758, p. 122; normalizamos el texto transcrito por Balbuena a la vista de esta edición.

<sup>2</sup> Mis aportaciones al ámbito de los estudios gongorinos han aparecido en el *Boletín de la Real Academia*

Y vengo hoy a cumplir también, como exigen las normas de esta institución, mediante la lectura de mi discurso de ingreso, con la confianza que Vds. depositaron en mis cualidades intelectuales, puestas, más de una vez y en muchos lugares, al servicio de la literatura y de la crítica.

*de Córdoba* y en otras publicaciones, entre ellas están: "Las Soledades de Góngora y la narrativa de aventuras peregrinas", El Barroco en Andalucía, Córdoba, Publicaciones de la Universidad de Córdoba y del Monte de Piedad y Caja de Ahorros, 1987, tomo VII, pp. 145-160; "Góngora a la luz de sus comentaristas. (La estructura narrativa de las *Soledades*)", *Dicenda*, Revista de la Universidad Complutense de Madrid, 5, 1986, pp. 49-70; "Hacia un nuevo enfoque de las *Soledades* de Góngora: Los modelos narrativos", *Revista de Literatura*, tomo LII, nº 103, 1990, pp. 67-100; "Secuelas de la Fábula de Polifemo y Galatea: versiones barrocas a lo burlesco y a lo divino", *Criticón* [Universidad de Toulouse Le Mirail], 49, 1990, pp. 51-59; "La evocación de Góngora en Rubén Darío", *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 123, julio-diciembre, 1992, pp. 225-228; "Góngora según Azorín", *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 124, enero-junio, 1993, pp. 55-64; "Algunas secuelas de las *Soledades*: del barroco tardío al 27", *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 125, julio-diciembre, 1993, pp. 183-194; "La prensa cordobesa en la celebración del centenario de Góngora (1927)", *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 127, julio-diciembre, 1994, pp. 119-139; "Una poética de la oscuridad, de Joaquín Roses Lozano", *Angélica. Revista de Literatura*, 6, 1994, pp. 397-400; "Góngora poeta áulico: la visita del Príncipe de Gales", en *Saggi in onore di Giovanni Allegra*, ed. Paolo Caucci Von Saucken, Perugia, Università degli Studi di Perugia, 1995, pp. 169-185; "Un *pastoral albergue*: una comedia atribuida a Lope e influida por Góngora", *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, LXVI, nº 129, julio-diciembre, 1995, pp. 137-147; "La polémica literaria con motivo de la visita del Príncipe de Gales (1623) y la intervención de Mira de Amescua", en *Mira de Amescua en candelero*, Actas del Congreso Internacional sobre "Mira de Amescua y el Teatro Español del siglo XVII", (Granada, 27-30 octubre de 1994), Granada, 1996, I, pp. 201-215; "Estancias en el estilo de don Luis" (El trasfondo gongorino de la controversia entre Juan Ruiz de Alarcón y Francisco de Quevedo)", en *Estudios sobre Góngora*, Córdoba, Excmo. Ayuntamiento y Real Academia, 1996, pp. 45-72; "Caballos andaluces y toros de lidia: las *Advertencias o preceptos de torear con rejón* (1651), de D. Pedro Jacinto de Cárdenas y Angulo", en *Actas de las I Jornadas de la Real Academia en Córdoba sobre El Caballo* (Córdoba, 15 al 17 de diciembre de 1994), Córdoba, Excmo. Diputación, 1995 [1996], pp. 127-137; "Cristo-Acis en la cruz (Sobre el proceso de simbolización religiosa a partir del *Polifemo* de Góngora)", *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 135, julio-diciembre, 1998, pp. 65-70; "Cristóbal de Monroy y Silva, admirador e imitador de don Luis de Góngora", en *Angélica. Revista de Literatura*, 9, 1999, pp. 57-76 y en *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 137, julio-diciembre, 1999, pp. 61-78; "Un seguidor de Góngora, oriundo de Baena: Miguel Colodrero de Villalobos (1608-¿1660?)", en *Angélica. Revista de Literatura*, 10, 2000-2001, pp. 119-132; "Tanto por plumas..." Góngora y los poetas cordobeses del Siglo de Oro", en *Arbor*, núm. 654 ("Córdoba Ciudad Trimilenaria, ed. Ángel Aroca Lara), Junio, 2000, pp. 277-295; "El retrato literario en verso: un poema de Góngora y una secuela", *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 142, enero-junio 2002, pp. 181-193; "Góngora y Cernuda", *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, LXXXI, nº 143, julio-diciembre, 2002, pp. 135-144; "En la órbita de Góngora: la poesía de José Pérez de Ribas (1590-1651)", en *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. New York, 16-21 de julio de 2001, ed. Isafas Lerner, Robert Nival y Alejandro Alonso, Newark, Juan de la Cuesta, 2004, vol. II, pp. 149-158; "Las *Lecciones Solemnes a las obras de don Luis de Góngora y Argote* (1630) de José de Pellicer", *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, LXXXIII, nº 146, enero-junio, 2004, pp. 107-123; "Cristo-Acis en la cruz (Sobre el proceso de simbolización religiosa a partir del *Polifemo* de Góngora)", en Feliciano Delgado León, Manuel Gahete Jurado y Antonio Cruz Casado, coord., *La poesía religiosa de Góngora*, Córdoba, Cajasur, 2005, pp. 119-129; "Presencia y huella de don Luis de Góngora en algunos libros poéticos de Manuel Gahete", en *Ánfora Nova*, núm. 61-62, Rute, 2005, pp. 74-77; "Fama póstuma de Góngora: la "Égloga fúnebre a Don Luis de Góngora" (1638) de Martín Angulo y Pulgar" en *Actas del XV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Monterrey, México, del 19 al 24 de julio de 2004*, coord. Beatriz Mariscal, María Teresa Miaja de la Peña, vol. 2, 2007, pp. 113-126; "La cultura cordobesa en la época de Góngora: antecedentes y contemporáneos", en *La hidra barroca: varia lección de Góngora*, ed. Rafael Bonilla Cerezo y Giuseppe Mazzochi, Sevilla, Consejería de Cultura, 2008, pp. 91-106; *Pasos de un peregrino: estudios sobre don Luis de Góngora y su influencia*, Rute, Editorial Ánfora Nova, 2009; *Escritores Andaluces del Siglo de Oro*, Granada, CajaGranada, 2009, Col. Cuadernos del Museo; "El *Panegírico al Duque de Lerma* (c. 1617), de don Luis de Góngora: texto y contexto", *Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (París, julio de 2007), ed. Pierre Civil y Françoise Cremoux, Madrid, Iberoamericana, 2010, pp. 156-163 (del vol. *Literatura áurea*), etc.

Pero, antes de proseguir, vaya por delante mi más profundo y explícito agradecimiento a toda la Academia, por mi nombramiento como Académico Numerario, agradecimiento que quiero concretar en la persona del Director de esta Real Academia, Excmo. Sr. Dr. D. Joaquín Criado Costa, y de manera especial en los Sres. Académicos Numerarios que presentaron la propuesta de mi nombramiento, Ilma. Sr. Dra. Dña. María José Porro Herrera, Ilma. Sra. Dra. Dña. Ana Padilla Mangas e Ilmo. Sr. Dr. D. José Cosano Moyano. También a este último, modelo de académicos y ejemplo de bondad y de amistad para conmigo, al igual que mis admiradas compañeras en tareas docentes y afinidades electivas, tengo que agradecer su disponibilidad para responder a este discurso de ingreso, tarea adicional a sus diversas obligaciones académicas, por lo que le quedo inmensamente agradecido. Con todo, al mismo tiempo, quiero señalar como prevención ante Vds. que los elogios que pueda decir de mí, en la parte correspondiente a su respuesta a este discurso, estarán motivados más por su generosa amistad que por lo que pueda significar la tarea que como profesor he venido desarrollando en institutos de pueblo, institutos prestigiosos, sin duda, en los que he conseguido compaginar una decidida vocación por el estudio y la investigación con la docencia. A fin de cuentas, como decía Jorge Luis Borges<sup>3</sup>, estoy más orgulloso de todo lo que he leído y aprendido que de lo que haya podido escribir y publicar yo mismo.

Gracias, pues, a todos los Sres. Académicos, preclaros ingenios, cordobeses en su mayoría, con los que tanto he aprendido y seguiré aprendiendo, y a todos ustedes que han querido acompañarnos en esta fría tarde preelectoral, en este hermoso salón de la Universidad de Córdoba, institución y Alma Mater mía, a la que también deseo manifestar mi gratitud más sincera, como uno de sus alumnos primeros en el tiempo, puesto que pertenezco a la primera promoción de Filología, que comenzó su andadura en 1971 para concluir ciclo en 1976.

Y gracias también, y no en menor medida, a mi familia que siempre me alentó y ayudó a conseguir lo que quise o pude alcanzar, especialmente a mis padres y hermanos, a mis hijos, Juan y Ana Belén, y sobre todo a mi mujer, Juana Toledano Molina, también académica, con la que tantas cosas me unen y que me sirve de acicate, impulso y firme mantenedora en todas mis empresas intelectuales, casi caballerescas, de las que a veces resultan trabajos de amor perdidos, que diría Shakespeare, “perdidos unos, otros inspirados”, según el conocido verso de don Luis.

### **Recuerdo a don Miguel Salcedo Hierro**

Me toca, además, por imperativos del destino, ocupar la vacante que dejó uno de los grandes académicos de esta institución, el Ilustrísimo Señor Don Miguel Salcedo Hierro (1923-2010), al que la Parca cruel, que dirían los clásicos, nos arrebató un triste mes de mayo del año pasado, en un día, el 19, muy cercano al fallecimiento de otro

---

<sup>3</sup> Borges comenzaba así el poema “Un lector”: “Que otros se jacten de las páginas que han escrito; / a mí me enorgullecen las que he leído”, Jorge Luis Borges, *Elogio de la sombra, Obras completas*, Barcelona, Emecé Editores, 1989, vol. II, p. 394. El escritor retoma luego la idea en el prólogo general a la colección “Biblioteca Personal de Jorge Luis Borges”: “Que otros se jacten de los libros que les ha sido dado escribir; yo me jacto de aquellos que me fue dado leer, dije alguna vez. No sé si soy un buen escritor; creo ser un excelente lector o, en todo caso, un sensible y agradecido lector”, en Anónimo, *El libro de los muertos*, Barcelona, Orbis, 1988, p. 5; vol. 80 de la colección.

eximio cordobés, don Luis de Góngora, que lo hizo el 23 de mayo; claro que una diferencia de casi cuatro siglos separa a ambos ingenios.

De su amable personalidad y de su buen hacer en el ámbito de la enseñanza, del teatro, de la vida académica, nos hicimos eco en la sesión necrológica que en su memoria se celebró en esta Academia, con recuerdos entrañables y exposición de variados aspectos de su trayectoria vital, todos ellos caracterizados por su gran valía personal. A don Miguel se debió la iniciación de los estudios de arte dramático en Córdoba, a mediados del siglo XX, y fue director de la Escuela Superior de Arte Dramático de esta ciudad, además de Cronista Oficial de la misma. Hizo gala de su cordobesismo en numerosos libros y ensayos, como el titulado *Córdoba* (1971), guía de la ciudad varias veces reeditada, o los estudios sobre el Alcázar de los Reyes Cristianos (1975), el museo Julio Romero de Torres (1975) o la Mezquita Catedral (2000), sin olvidar sus interesantes aportaciones en el ámbito de la gastronomía, con títulos como *La cocina andaluza* (1989) o *La cocina familiar antigua*.

Tal como recordábamos en nuestra intervención en la sesión necrológica citada, “sus aportaciones culinarias están enraizadas en lo más íntimo del saber popular, y de ello son ejemplos, además de los libros citados, los textos insertos en diversos volúmenes colectivos, como las actas académicas de Lucena y de Iznájar, tan interesantes como los atinados estudios de la múltiple y variada cultura cordobesa, entre los que destaca, en nuestra opinión, los dedicados a Ricardo de Montis y la magna edición de sus *Notas cordobesa*”. Allí señalábamos también la conveniencia de recopilar “sus aportaciones a la poesía lírica cordobesa, tanto como prologuista y conecedor de la misma, como en su faceta de poeta”. Entre nuestros gratos recuerdos de don Miguel, se encuentran las lecturas poéticas, más bien interpretaciones dramáticas, de diversos poemas, en el día de Góngora o en celebraciones parecidas, con una voz y una dicción magníficas, que hacían hermoso y extraordinario cualquier texto mediano.

Y los académicos más recientes, como es mi caso, encontramos siempre en él apoyo, consejo e incluso elogio, algo propio de su buen carácter, de su bondad personal, más que de las poco significativas aportaciones que hicimos en alguna ocasión. Descanse en paz nuestro buen amigo, en tanto que seguimos compartiendo el sentimiento de su familia, de su hija, nuestra querida compañera en tareas académicas, doña Marisol Salcedo Morilla, buena conecedora también de muchos de los ámbitos de estudio en los que destacó don Miguel Salcedo por derecho propio.

## Discurso

Y ahora, al abordar el tema del discurso elegido, “Don Luis de Góngora y Argote: partidarios y detractores (cuatro siglos de gongorismo)”, uno siente la sensación de cierto vértigo interior, puesto que, en los minutos prescritos por esta institución, consideramos que hay que dar noticia fidedigna, si no puntual, de lo que se ha pensado a lo largo de más de cuatrocientos años en torno a Góngora y a su poesía. Inevitablemente recordamos aquella anécdota, atribuida en la Edad Media, por Tomás de Cantimpré, a San Agustín, en la que el santo religioso anda dando vueltas en su mente al complejo misterio de la Santísima Trinidad y encuentra de repente un niño a la orilla del mar que quiere vaciar todo el océano en un pequeño hoyo que ha hecho en la arena, cosas imposibles ambas para las capacidades humanas, tanto mentales como físicas. En un registro lingüístico más coloquial, podríamos recordar aquella frase de nuestra

expresión diaria: “Mucho arroz pa un pollo”, y de esta forma, tal como se atribuyó en muchos casos a Góngora, utilizamos dos formas distintas de expresión para una misma idea: un nivel más culto y elevado junto a otro más corriente, sabiendo al mismo tiempo que ambas son adecuadas para indicar el grado de dificultad en la tarea que iniciamos. Como se sabe, una de las cuestiones más difundidas a propósito del estilo gongorino es la capacidad o incapacidad de comprensión de los textos poéticos por parte del receptor, del lector, estilo que oscila entre la obscuridad suma (“honra me ha causado hacerme oscuro a los ignorantes, que esa es la distinción de los hombres doctos, hablar de manera que a ellos les parezca griego”<sup>4</sup>, que decía don Luis, con un marcado tono de orgullo) y la claridad más meridiana (“Patos del aguachirle castellana”<sup>5</sup>, decía el mismo con respecto a los poetas de la tendencia de Lope, en tanto que de éste comentaba, al mismo tiempo que jugaba con su apellido, “con razón Vega, por lo siempre llana”<sup>6</sup>), división estilística que ha sido objeto de críticas razonadas y competentes. Pero no adelantemos tarea sobre estas cuestiones, sino que procuremos ir de manera ordenada.

### Aspectos generales

A propósito de Góngora se nos ofrecen, en estos cuatro siglos aproximadamente, los que han transcurrido desde la polémica difusión de las *Soledades* (1613), en la corte española, hasta ahora, primeras décadas del siglo XXI, una serie de aspectos paradójicos que queremos destacar, rasgos que al mismo tiempo nos van a proporcionar cierta idea de su personalidad y de su obra.

Así podemos señalar que don Luis es un poeta prácticamente inédito, que no publica y se resiste a ello todo lo que puede, por lo que no llega a su público mediante la edición de libros, sino sólo con la difusión de manuscritos, de copias que reparte y de las que en muchos casos no conserva originales; en este sentido, sabemos que no imprime ningún volumen independiente durante su vida con obras propias, aunque figura en las recopilaciones poéticas más importantes de su momento, así en la *Primera parte de las Flores de poetas ilustres de España*, de 1605, reunidas por el antequerano Pedro de Espinosa<sup>7</sup>, el lírico mejor representado es Góngora, con 36 composiciones; allí están también Lope de Vega, con 7, y Quevedo con unas 17, ambos enemigos personales del cordobés en el ámbito de la creación literaria. Su presencia es constante, por otra parte, en los numerosos romanceros de finales del XVI y principios del XVII, lo que solemos llamar el Romancero nuevo.

No obstante, desde la década de los años ochenta del siglo XVII, es decir, a partir de 1580, relativamente joven, con menos de treinta años, lo vemos colaborando con elogios poéticos en verso, tal como se llevaba entonces, en publicaciones de variados escritores de la época, como comprobamos en la traducción de *Las Lusíadas*, de Luis de

<sup>4</sup> Luis de Góngora, *Epistolario completo*, ed. Antonio Carreira, concord. Antonio Lara, Lausanne, Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos, 1999, p. 2.

<sup>5</sup> Luis de Góngora, *Obras completas, I. Poemas de autoría segura. Poemas de autenticidad probable*, ed. Antonio Carreira, Madrid, Biblioteca Castro, 2000, p. 650. El poema se incluye en la sección de “autenticidad probable”.

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> Pedro de Espinosa, *Primera parte de las flores de poetas ilustres de España*, Valladolid, Luis Sánchez, 1605 (ed. facsímil, Madrid, Real Academia, 1991); el índice de composiciones de cada autor figura en la tabla de algunos ejemplares y que aquí se incluye como apéndice.

Camoens, en versión del sevillano Luis Gómez de Tapia (1580), al que está dedicada la canción “Suene la trompa bélica”<sup>8</sup>, al igual que en la edición de *La Austriada* (1584), de su paisano Juan Rufo, jurado de Córdoba, con el soneto que empieza, “Cantaste, Rufo, tan heroicamente”<sup>9</sup> o en *El perfecto regidor* (1586), de Juan de Castilla y Aguayo, caballero veinticuatro de la ciudad de Córdoba, con otro soneto<sup>10</sup>.

Góngora se muestra siempre reacio a imprimir su obra, y prohíbe taxativamente mediante un poder notarial, fechado el 30 de septiembre de 1605, otorgado al capitán don Lorenzo de Zúñiga y Avellaneda, residente en Pamplona, que se imprima algo suyo en Navarra: “contradiga cualquier impresión o estampa que se pretenda hacer o hiciere de cualquier obra mía por cualquier persona”<sup>11</sup>, mantiene allí. Sólo parece acceder nuestro poeta cuando se le pide por parte de algún noble importante, interesado en la cuestión, como el todopoderoso Conde Duque de Olivares, del que espera variadas recompensas en hábitos de alguna orden militar para sus familiares. He aquí como cuenta una entrevista con el famoso personaje, en una carta dirigida a su amigo Cristóbal de Heredia, fechada en Madrid, el 8 de julio de 1625:

“Ahora apretaré en lo del hábito, que lo tengo por seguro, a cuenta de lo que me dijo ayer el señor conde de Olivares, yéndole a besar la mano por la situación y pidiéndole licencia para importunarle en lo del hábito: “Tenga paciencia, que no peleo en el Brasil”. Y riéndose, luego me volvió a decir: “Todo se hará bien lo más presto que se pueda”. Despidiéndome contento, dijo: “El diablo harte de hábitos a estos de Córdoba, y más a los que han concedido los millones”. Yo me salí riendo y él lo quedó más, porque estos días está de buen humor con las victorias de Bredá y el Brasil. Es fuerza esperar y morir en el ínterim”<sup>12</sup>.

La gestión del pretendiente en la corte, por lo que se refiera a estas cuestiones, parece que tiene resultado positivo, de la misma manera que ya lo había tenido al obtener, en 1622, un hábito de Santiago para su sobrino don Francisco de Góngora y Argote<sup>13</sup>, hijo de su hermano menor, Juan de Góngora y Argote<sup>14</sup>.

Claro que el racionero cordobés era consciente del valor de su obra, y así encarga a su sobrino, don Luis de Saavedra, al que otras veces suele llamarse don Luis de Góngora, el cuidado y edición de su producción literaria, como establece en una escritura de donación, fechada casi al final de su vida, el día 1 de noviembre de 1626, en los siguientes términos: “que por cuanto yo he hecho algunas obras, así en poesía como en prosa, y dellas tengo voluntad de hacer donación a don Luis de Saavedra y Góngora, mi sobrino, Racionero de la Santa Iglesia de Córdoba, para que él suplique a Su Majestad y señores de su Real Consejo le den licencia para imprimillas en su

<sup>8</sup> Luis de Góngora, *Obras completas*, I. Poemas de autoría segura. Poemas de autenticidad probable, ed. Antonio Carreira, op. cit., p. 3.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 47.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 619, de autenticidad probable.

<sup>11</sup> Krzysztof Sliwa, *Cartas, documentos y escrituras de Luis de Góngora y Argote (1561-1627) y de sus parientes*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2004, vol. I., pp. 321-322, grafía actualizada en éste y en todos los casos siguientes.

<sup>12</sup> Luis de Góngora, *Epistolario completo*, ed. Antonio Carreira, op. cit., p. 195.

<sup>13</sup> Krzysztof Sliwa, *Cartas, documentos y escrituras de Luis de Góngora y Argote (1561-1627) y de sus parientes*, op. cit., p. 854.

<sup>14</sup> Cfr. Robert Jammes, *Études sur l'oeuvre poétique de don Luis de Góngora y Argote*, Bordeaux, Féret et fils, 1967, p. 647 y ss., para el cuadro genealógico.

cabeza y él goce de sus aprovechamientos”<sup>15</sup>. Este personaje, al que no podemos menos de tildar de descuidado o incompetente, es el culpable de que se hayan perdido las obras en prosa de Góngora, a las que se hace referencia en este documento, en el que se percibe además el afecto familiar que le tenía, “a quien le hago esta donación –añade más adelante– por el amor que le tengo y por causas y justos respetos que a ello me mueven”<sup>16</sup>. En realidad, parece como si este sobrino le hiciese poco, o ningún, caso a don Luis, como se deja claro en una carta a Francisco Flores de Vergara, desde Madrid, 6 de enero de 1626, en la que comenta: “No deje vuesa merced de escribirme todos los ordinarios y quejarse de mi parte a mis sobrinos que no me hayan avisado de ello, principalmente a don Luis de Saavedra, siendo ocasión esta en que debían de concurrir todos”<sup>17</sup>. En ocasiones Góngora deja traslucir el mal humor o la irritación que le provoca este personaje, como cuando concluye una epístola a Cristóbal de Heredia (Madrid, 10 de junio de 1625) con estas palabras: “A don Luis de Saavedra no irrite vuesa merced ahora hasta que placiendo a Dios llegue yo a Córdoba, que dará con los huevos en la ceniza”<sup>18</sup>.

Sabemos además que nuestro escritor no se preocupó siquiera de guardar copia de sus obras, y mucho menos de coleccionarlas en un códice, sino que se encuentran difundidas ampliamente en manuscritos, con numerosas interpolaciones de otros poetas, para tarea y goce de los gongoristas del futuro. Otros hicieron estas recopilaciones por él, con los consiguientes errores, de tal manera que la transmisión manuscrita gongorina es un apartado importante de cualquier estudio sobre el gran poeta cordobés, aunque gracias a este descuido o falta de interés, se nos han conservado algunos manuscritos extraordinarios, como el Manuscrito Chacón, recopilado por don Antonio Chacón y Ponce de León, señor de Polvoranca, escrito con un gusto y una belleza extraordinaria, quizás por alguno de los Morante, de la conocida familia de calígrafos españoles del Siglo de Oro, con el destino de servir de obsequio a personaje tan importante y tan admirador de don Luis como el ya citado Conde Duque de Olivares. El manuscrito presenta correcciones autógrafas del poeta, señalando los poemas que no son suyos, así como una ordenación cronológica que todos los gongoristas han tenido en cuenta.

Aunque en los últimos años de su vida, don Luis intentó editar su obra, recurriendo a cartapacios o colecciones que no eran de su propiedad, por los que llegó a pagar bastante dinero, (poner notas a pie, a este asunto), los poemas de Góngora, recogidos aisladamente en volumen, se publican sólo después de su muerte, algunos muy poco después de su fallecimiento, en el mismo año de 1627, con numerosos problemas de fiabilidad, sin el nombre de autor en alguna ocasión, como la edición que preparó Juan López de Vicuña, titulada *Obras en verso del Homero español* (Madrid, 1627), impreso que tuvo problemas con la inquisición, y ediciones incompletas y erradas en otras ocasiones, lo que es el caso del volumen *Todas las obras de don Luis de Góngora en varios poemas* (Madrid, 1633), por “Gonzalo de Hoces y Córdoba, natural de la ciudad de Córdoba”, como reza la portada, que tuvo diversas reediciones, nueve veces entre 1633 y 1654, todo un éxito para la época, pero que fue duramente criticada por el autor

<sup>15</sup> Krzysztof Sliwa, *Cartas, documentos y escrituras de Luis de Góngora y Argote (1561-1627) y de sus parientes*, op. cit., p. 902.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 903.

<sup>17</sup> Luis de Góngora, *Epistolario completo*, ed. Antonio Carreira, op. cit., pp. 206-207.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 192.



del “Escrutinio sobre las impresiones de las obras poéticas de don Luis de Góngora”, texto cuya autoría ha sido adjudicada al cordobés José Pérez de Ribas<sup>19</sup>.

El propio Quevedo, enemigo acérrimo de don Luis, se hace eco de tan mala edición al dar a la imprenta, un año después, en 1634, su obra *La cuna y la sepultura*, y dice así en un escrito dedicado “A los doctos modestos y piadosos”:

“Y viendo cuán impiamente han perseverado en esta maldad los invidiosos de don Luis de Góngora, sin hartarse de venganza en la primera impresión, añadiéndole en esta postrera cosas que no hizo, he determinado de imprimir lo que he escrito todo. Conténtese con el mal que me hacen en obligarme a padecer la penitencia de mis yerros, imprimiéndolos de miedo de que no me los aumenten, escogiendo por mejor el padecer su reprehensión vivo que su venganza muerto”<sup>20</sup>.

Entre las primeras ediciones póstumas, relativamente cercanas a su muerte, se encuentran también volúmenes con sus obras mayores que insertan extensos comentarios y anotaciones de sus respectivos autores, como *El Polifemo de don Luis de Góngora comentado* (Madrid, 1629), de don García de Salcedo Coronel, *Las lecciones solemnes a las obras de don Luis de Góngora y Argote, Píndaro andaluz y príncipe de los poetas líricos de España* (Madrid, 1630), de don José Pellicer de Salas y Tovar, o la *Ilustración y defensa de la fábula de Píramo y Tisbe* (Madrid, 1636), de Cristobal de Salazar Mardones. Hay también volúmenes con obras de don Luis únicamente, eludiendo entonces los poemas más largos y más complejos, volúmenes quizás dirigidos a un público más popular, como el titulado *Delicias del Parnaso, en que se cifran todos los romances líricos, amorosos, burlescos, glosas y décimas satíricas del regocijo de las musas, el prodigioso don Luis de Góngora* (Barcelona, 1634). Además encontramos ediciones de las obras gongorinas no sólo en España, sino también en el extranjero, como comprobamos con el volumen de *Obras de don Luis de Góngora*, impreso en Bruselas, en 1659, en cuyos preliminares aparece el soneto titulado “A la nueva impresión de las obras de don Luis de Góngora”, en el que se trata de la pervivencia de la memoria gongorina a pesar del tiempo:

Renuévanse cual Fénix a la vida  
 las obras del errante Peregrino,  
 que en la oscuridad halló camino  
 de tenebrosos pasos la salida.  
 El tiempo que lo más eterno olvida,  
 hoy lo humano y mortal hace divino,  
 y el Betis generoso, cristalino,  
 recobra su opinión casi perdida.  
 Vuelve Góngora al mundo y su memoria,  
 que al patrio suelo sola se redujo,  
 vivirá por el orbe derramada.  
 Viva el que a puerto tan dichoso os trujo,  
 obras, cuya excelencia autorizada  
 os hace revivir con nueva gloria<sup>21</sup>.

<sup>19</sup> Cfr. Antonio Carreira, “La recepción de Góngora en el siglo XVII: un candidato a la autoría del Escrutinio”, en *Estudios sobre Góngora*, Córdoba, Excmo. Ayuntamiento y Real Academia, 1996, pp. 29-42.

<sup>20</sup> Francisco de Quevedo, “A los doctos modestos y piadosos”, *La cuna y la sepultura para el conocimiento propio y desengaño de las cosas ajenas*, Madrid, Imprenta del Reino, 1634, preliminares.

<sup>21</sup> Luis de Góngora, *Obras*, Bruselas, Francisco Foppens, 1659, preliminares, grafía actualizada.

Como puede deducirse de la simple enumeración de títulos y elogios de las portadas antes indicadas, sus autores figuran entre los incondicionales de nuestro poeta, alabando y justificando todos los extremos de su singular creación y realizando, de paso, una importante aportación a la comprensión de los textos gongorinos que sirvieron pauta y guía a muchos de los críticos del pasado siglo XX; si comprendemos hoy prácticamente la totalidad de la obra gongorina se debe a estos críticos y humanistas que vivían el mismo ambiente cultural que su comentado. Con razón decía el mejicano Alfonso Reyes que era necesario volver a los comentaristas y revisar sus ediciones y notas.

Así, pues, como vamos señalando, Góngora fue denostado y alabado, considerado claro y oscuro, siempre polémico, a veces enterrado y otras resucitado, como nos encargaremos de señalar más adelante.

El hecho es que su rememoración, o más bien, la fecha de su muerte, da nombre a una generación literaria, o a un grupo poético, si se quiere: la generación o grupo poético de 1927, algo por completo inusual en el ámbito de los estudios generacionales de nuestra literatura, puesto que lo que se suele llamar el hecho generacional, en terminología del alemán Petersen, es algo de gran calado y alcance para todos los componentes de una generación literaria, como la pérdida de Cuba y Filipinas, para la generación de 1898, y de ahí toma el nombre, o la generación de 1868, que se aplica a los escritores del Realismo español que vivieron la revolución de aquel año, llamada la Gloriosa.

Y en la actualidad, don Luis de Góngora tiene tanta vigencia o más que sus compañeros de generación, si excluimos a Cervantes, que es un caso aparte; al igual o más que Lope de Vega y Francisco de Quevedo, Góngora llama poderosamente la atención de la crítica, de los estudiosos y de los simples lectores de poesía, porque su estilo implica unas altas cotas de calidad casi nunca conseguidas en nuestra lengua.

### **Detractores y defensores de Góngora**

Una vez examinadas estas cuestiones, que configuran un personaje especial y diferente a la mayoría de los escritores del Siglo de Oro, intentemos establecer en líneas generales las corrientes de opinión de que ha sido objeto don Luis de Góngora a lo largo de estos cuatro siglos de preocupación, por parte de sus lectores y críticos, del valor de su aportación estética, en un ensayo de aplicación de algunos postulados de la crítica literaria alemana reciente, la que se desarrolla en los años finales de la década de los sesenta y comienzos de los setenta, todo ello en el pasado siglo XX, corriente crítica a la que se ha llamado Estética de la recepción<sup>22</sup>. De manera simplificada, pretendemos examinar lo que han pensado un amplio número de lectores especializados, casi todos ellos poetas o críticos, a propósito de la creación gongorina, en un arco temporal que abarca aproximadamente cuatro siglos. Obviamente, y por razones de tiempo y también de conocimientos, puesto que hay muchas cosas que ignoramos todavía, no podemos hacer un repaso meticuloso a la recepción de que ha sido objeto la poesía de don Luis de Góngora, pero sí estableceremos las líneas fundamentales del aprecio o del rechazo que sufrido en estas centurias, lo que hemos llamado partidarios y detractores de la nueva

<sup>22</sup> Entre la bibliografía sobre el tema, en español, cfr. Hans U. Gumbrecht y otros, *La actual ciencia literaria alemana*, Salamanca, Anaya, 1971, y José Antonio Mayoral, recop., *Estética de la recepción*, Madrid, Arco Libros, 1987. Otras publicaciones interesantes que tienen en cuenta la figura del lector: Ricardo Senabre, *Literatura y público*, Madrid, Paraninfo, 1987, y Roger Chartier, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1993.

poesía, ciñéndonos de manera específica a la cultura española e hispánica.

Esto nos dará un panorama genérico que podemos sintetizar en pocas ideas y un amplio espectro de opiniones, ampliable o reducible a voluntad del receptor o del crítico de turno, con huecos o casillas vacías que podrán ir llenándose conforme sigan apareciendo o contabilizándose opiniones a favor o en contra del gongorismo literario. Pero además, como lo que escribimos ahora es resultado de mucho tiempo de investigación y de un amplio programa de lecturas, inacabado siempre y siempre ampliable, podemos señalar que la vigencia de don Luis en el panorama de las letras hispánicas ha sufrido una serie de notables y visibles altibajos, de ser considerado uno de los máximos puntos de atención del panorama literario a convertirse en un capítulo oscuro, mal interpretado y deleznable en otros períodos. De esta forma, Góngora estuvo en candelero, en su momento de máximo apogeo, a lo largo del primer tercio del siglo XVII, durante su vida y algunos años después de su muerte, con múltiples ediciones de su obra, que lo hacen pervivir estéticamente, aunque perdiendo progresivamente intensidad, hasta los años iniciales del siglo XVIII. Sin embargo, en este período en que su obra va perdiendo vigor en nuestras letras, lo va adquiriendo en otras literaturas cercanas, como sucede en la lírica portuguesa y en las diversas posesiones americanas de la corona española.

La corriente neoclásica del siglo XVIII supone, en general, un acentuado rechazo de la poesía gongorina, en desacuerdo con sus postulados; se menosprecian sus poemas mayores y se tiene consideración con los poemas breves, letrillas, romances y sonetos, aparentemente más asequibles, más fáciles. El siglo XIX sigue acentuando estas valoraciones negativas, más dañinas para la fama póstuma de Góngora porque proceden de cualificados críticos de la época. Sólo a finales de la centuria decimonónica se iniciará, curiosamente en Francia, entre poetas que no conocían ni siquiera nuestra lengua, cierto interés por la figura del raro, extravagante y maldito escritor español, lo que lleva a algunos modernistas a iniciar un acercamiento lírico y una tímida revisión de su figura y de su obra. Esto se lleva a cabo entre escritores de la corriente modernista, tanto hispanoamericanos como españoles, puesto que los escritores de la generación del 98 son en su mayoría contrarios a la estética gongorina y, en general, barroca, hasta desembocar en la década de los años 20 del pasado siglo, cuando desde diversas estancias, como pueden ser la Real Academia de Córdoba o el grupo de jóvenes poetas del 27, se propone un acercamiento estético y científico a la poesía que encabezó el racionero cordobés.

A partir de entonces, los grandes gongoristas del siglo XX han realizado una labor de actualización sorprendente, aunque hay que contar con algunas reacciones en contra o de simple falta de interés en otros casos<sup>23</sup>, como la que se observa en la poesía social

---

<sup>23</sup> No encontramos especiales celebraciones, por ejemplo, en torno a 1961, fecha del cuarto centenario del nacimiento del escritor, aunque se llevó a cabo una gran exposición bibliográfica y documental, en la Biblioteca Nacional, de la que nos ha quedado un exiguo catálogo o "Guía de la exposición", de 40 páginas, con prólogo de Joaquín de Entrambasaguas, *Góngora y la literatura culta de su época (1561-1961). Guía de la exposición*, Madrid, La Xilografía, s. a. [1961]; la exposición se desarrolló en un breve espacio de tiempo, entre diciembre de 1961 y el 31 de enero de 1962, y al respecto escribe Entrambasaguas: "Incluso se ha retardado esta Exposición – la primera dedicada al insigne lírico de nuestra Edad de Oro – con el fin de recoger en ella, en cuanto ha sido posible, las publicaciones y conmemoraciones, dedicadas al poeta, con motivo del IV Centenario de su nacimiento, cumplido en este año de 1961", *ibid.*, p. 6. Sin embargo, en el apartado correspondiente, "Estudios sobre Góngora y su obra", comprobamos que la mayoría de las obras expuestas

de los años 60. Con todo, en la actualidad se considera a don Luis uno de los grandes líricos, si no el primero, del abundantísimo panorama poético de nuestro Siglo de Oro.

Repasemos ahora algunas de las opiniones a favor o en contra que nos parecen más significativas o menos estudiadas, puesto que la figura y la obra de don Luis espera y asalta al lector, al crítico, en los lugares más insospechados.

## El siglo XVII

De esta forma, en el primer tercio del siglo XVII, encontramos la figura de don Francisco de Quevedo, que es un conocido ejemplo de los más durísimos detractores de la poesía y de la propia persona de don Luis, a raíz de la difusión en Madrid, en torno al año 1613, del *Polifemo* y las *Soledades*. Se trata de una cuestión muy conocida y bastante debatida entre los gongoristas, algo que nos llevaría mucho tiempo recapitular ahora, pero los insultos de Quevedo, o atribuidos al mismo, figuran entre los peores que conocemos. He aquí algunos:

Yo te untaré mis obras con tocino  
 porque no me las muerdas, Gongorilla,  
 perro de los ingenios de Castilla,  
 docto en pullas, cual mozo de camino.  
 Apenas hombre, sacerdote indino,  
 que aprendiste sin christus la cartilla,  
 chocarrero de Córdoba y Sevilla  
 y, en la corte, bufón a lo divino<sup>24</sup>.

En otro soneto dice:

Ten vergüenza, purpúrate, don Luis,  
 pues eres poco verme y mucho pus<sup>25</sup>.

---

llevan fecha anterior, salvo en pocos casos. Con todo la Real Academia de Córdoba sí realizó una serie de actividades con motivo del Cuarto centenario, de lo que ha quedado crónica en el *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 82, 1961, pp. 238-239 (nótese, de paso, que este boletín, como sucede en otros, lleva una doble numeración, que puede confundir: en la parte superior, la correspondiente al año, que tiene en cuenta la paginación del boletín anterior, y otra en la parte inferior, la numeración del boletín específico, que es la indicada aquí), actividades, decíamos, entre las que destacan una conferencia de José María Pemán, “Los dos Góngoras”, el 23 de mayo, en el Alcázar de los Reyes Cristianos, y otra de Luis Morales Oliver, “Interioridad y espíritu de la poesía de Góngora”, el 8 de noviembre, en el mismo lugar antes indicado. Entre las sesiones académicas de aquel año hubo alguna dedicada a Góngora: “Don Lope de Hoces y Góngora”, de Miguel Ángel Orti Belmonte, el 28 de octubre, cuyo título es engañoso, quizás por errata, porque hay un trabajo del mismo autor, titulado “Don Lope de Hoces y Córdoba. Almirante del mar Océano y Capitán General”, en el Boletín citado, *ibid.*, p. 127 y ss., y “La Virgen en la poesía de Góngora”, de José María Ortiz Juárez, el 9 de diciembre, “cumpliendo el voto académico”, según indica la crónica del indicado *Boletín*, *ibid.*, p. 240.

<sup>24</sup> Apud Ignacio Arellano, *Poesía satírico burlesca de Quevedo*, Pamplona, Euna, 1984, p. 522; otras ediciones modifican determinados versos; así “Yo te untaré mis versos con tocino” (v. 1), o “hecho carnero en Córdoba y Sevilla” (v. 7); Quevedo escribe contra Góngora unos diez o doce sonetos; son los números 825, 829, 830, 831, 832, 833, 834, 835, 836, 837 y 838 de esta edición.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 536.

He aquí con que malévolo ingenio imita y satiriza el nuevo estilo culterano:

¿Qué captas, noturnal, en tus canciones,  
Góngora bobo, con crepusculallas,  
si cuando anhelas más garcivolallas  
las reptilizas más y subterpones?<sup>26</sup>

Sin embargo, por estos mismos años de comienzos del XVII, se encuentran a otros ingenios más comprensivos, con menos genio maligno que el genial Quevedo, que reconocen el valor de Góngora y lo ensalzan. Es lo que sucede con Cervantes, el cual, en el *Viaje del Parnaso* (1614), habla así de don Luis:

Estotro que sus versos encarama  
sobre los mismos hombros de Calisto,  
tan celebrado siempre de la fama,  
es aquel agradable, aquel bienquisto,  
aquel agudo, aquel sonoro y grave  
sobre cuantos poetas Febo ha visto;  
aquel que tiene de escribir la llave  
con gracia y agudeza en tanto extremo,  
que su igual en el orbe no se sabe:  
es don Luis de Góngora, a quien temo  
agraviar en mis cortas alabanzas,  
aunque las suba al grado más supremo<sup>27</sup>.

Menos conocido, pero igualmente relevante en cuanto elogio, es el comentario en verso de Francisco Herrera Maldonado, en su traducción de Jacobo Sannazaro, *Los tres libros del parto de la Virgen Nuestra Señora* (Madrid, 1620); se trata de un amplio catálogo de autores españoles, todos benignamente tratados, entre los que figura don Luis, con esta octava:

Cisne del Betis, que es de sus cristales,  
gloriosa emulación eres de España,  
a quien ofrece la elocuencia altares

<sup>26</sup> Ibid., p. 538.

<sup>27</sup> Miguel de Cervantes, *Viaje del Parnaso*, ed. J. T. Medina, Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1925, vol. I, pp. 57-58. Cervantes había ya celebrado positiva y tempranamente a Góngora en el *Canto de Calíope*, incluido en *La Galatea* (1585), en estos términos:

En don Luis de Góngora os ofrezco  
Un vivo raro ingenio sin segundo:  
Con sus obras me alegro y enriquezco,  
No sólo yo, mas todo el ancho mundo;  
Y si por lo que os quiero, algo merezco,  
Haced que su saber alto y profundo  
En vuestras alabanzas siempre viva  
Contra el ligero tiempo y muerte esquiva.

Miguel de Cervantes, *La Galatea, dividida en seis libros*, Madrid, Viuda de Manuel Fernández, 1772, p. 294. Aunque se trate de alabanzas estereotipadas, que pudieran decirse de cualquier otro poeta, hay que indicar que para entonces, para 1586, como hemos indicado, Góngora había escrito un pequeño número de poemas y publicado sólo algunos en los preliminares de varios libros de sus amigos.

en cuanto Apolo dora y Tetis baña,  
 escriba con estrellas celestiales,  
 de tu talento merecida hazaña,  
 el tiempo de tus versos la memoria  
 Góngora cordobés, de España gloria<sup>28</sup>.

Góngora también está presente, con una mención y somero juicio crítico, en el *Panegírico por la poesía* (impreso en Montilla, en 1627, el mismo año de la muerte del escritor), obra de Fernando de Vera y Mendoza. Este libro es una especie de catálogo elogioso de poetas clásicos, de nobles que escriben poesía y también de escritores españoles. Entre estos últimos encontramos cierta equiparación entre los más relevantes, Lope, Góngora y Quevedo: “Lope de Vega Carpio merece eterno nombre, por la bondad, cantidad, y facilidad de sus versos, igual a todos, y de pocos igualado. Don Luis de Góngora nació en la calle de Marcial, y sin ninguna duda, con mayor sal, y no menores nervios en las veras que agudeza en las burlas; y en burlas y veras don Francisco de Quevedo del habito de Santiago, es excelentísimo”<sup>29</sup>.

Igualmente comprensivos con don Luis se muestran otros críticos de la época, como Diego de Saavedra Fajardo<sup>30</sup>, el cual, en su *República Literaria* (1655), un libro que tuvo también su vigencia e influencia en el siglo XVIII, lo caracteriza así:

“En nuestros tiempos renació un Marcial Cordobés en D. Luis de Góngora, requiebro de las Musas y corifeo de las Gracias, gran artífice de la lengua castellana, y quien mejor supo jugar con ella y descubrir los donaires de sus equívocos con incomparable agudeza. Cuando en las veras deja correr su natural, es culto y puro, sin que la sutileza de su ingenio haga impenetrables sus conceptos, como le sucedió después, queriendo retirarse del vulgo y afectar obscuridad, error que se disculpa con que aun en esto mismo salió grande y nunca imitable. Tal vez tropezó por falta de luz en su *Polifemo*, pero ganó pasos de gloria. Si se perdió en sus *Soledades*, se halló después tanto más estimado, cuanto con más cuidado le buscaron los ingenios y explicaron sus agudezas”<sup>31</sup>.

Si saltamos a la segunda mitad de aquel siglo, constatamos que la vigencia de nuestro poeta sigue incólume en el terreno de la lírica, a pesar de los detractores habituales; con todo, su presencia se documenta más en la literatura hispánica del Nuevo Mundo, en lo que algún crítico ha llamado el otoño del gongorismo<sup>32</sup>.

Son relevantes en este período algunos autores, como Agustín de Salazar y Torres, o Sor Juana Inés de la Cruz. El primero había nacido en Soria, pero se trasladó a la

<sup>28</sup> Jacobo Sannazaro, *Sanazaro español. Los tres libros del parto de la Virgen Nuestra Señora*, trad. Francisco de Herrera Maldonado, Madrid, Fernando Correa de Montenegro, 1620, apud Cristóbal Pérez Pastor, *Bibliografía Madrileña [...] Parte segunda (1601 al 1620)*, Madrid, Revista de Archivos, 1906, p. 549. Téngase en cuenta, sin embargo, que Herrera dedica ocho octavas, igualmente elogiosas, a Lope de Vega, en tanto que a otros autores relevantes, como es el caso de Quevedo, les asigna sólo media octava.

<sup>29</sup> [Fernando de Vera y Mendoza], *Panegírico por la poesía*, ff. 53 r. y v. Al final: en Montilla, por Manuel de Payva, año de 1627.

<sup>30</sup> Sobre este autor es interesante el estudio de Joaquín de Entrambasaguas, “La crítica estética de la República Literaria de Saavedra y Fajardo”, en *Estudios y ensayos de investigación y de crítica. De la leyenda de Rosamunda a Jovellanos*, Madrid, CSIC, 1973, pp. 141-165; para la incomprensión que manifiesta con respecto a Góngora, vid., p. 158.

<sup>31</sup> Diego de Saavedra Fajardo, *República Literaria*, Madrid, Imprenta de Benito Cano, 1788, pp. 49-50.

<sup>32</sup> José Ares Montes, “El otoño del gongorismo. Agustín de Salazar y Torres”, *Revista de Filología Española*, vol. 47, 1961, pp. 283-321.

Nueva España al amparo de su tío el obispo de Campeche, luego virrey de México. De su precocidad en el conocimiento del estilo gongorino da fe su biógrafo, Juan de Vera Tassis, en estos términos: “Ayudado de una feliz memoria y de la lectura de los poetas griegos, latinos, italianos y españoles, pues lo comprueba el ver que en aquel sabio Colegio de la Compañía de Jesús, teniendo aún menos de doce años de edad, después de haber recitado las *Soledades* y *Polifemo* de nuestro culto conceptuoso cordobés, fue comentando los más oscuros lugares, desatando las más intrincadas dudas”<sup>33</sup>. El mismo Vera Tassis, en la canción fúnebre, “Fama póstuma y eterna de don Agustín de Salazar y Torres”, inserta en los preliminares del volumen póstumo *Cítara de Apolo* (Madrid, 1694, pero preparado ya en 1681), dice que el poeta ha sacado de “De Góngora, lo culto y lo elegante”, trayendo también a colación a muchos otros grandes escritores de los que Salazar sería igualmente deudor.

Más conocido es el caso de Sor Juana, la monja mejicana admiradora de nuestro poeta, la cual había dejado claro en una ocasión: “yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por ruegos y preceptos ajenos; de tal manera que no me acuerdo haber escrito por mi gusto si no es un papelillo que llaman el *Sueño*”. Este poema se publicó luego, por vez primera, en el *Segundo volumen de las obras de Sórora Juana Inés de la Cruz* (Sevilla, 1692), con el título de “Primero Sueño, que así intituló y compuso la Madre Juana Inés de la Cruz, imitando a Góngora”<sup>34</sup>. La crítica gongorina ha establecido que más de cincuenta pasajes en el *Sueño* son ecos textuales de Góngora, sobre todo de las *Soledades* y el *Polifemo*.

## El siglo XVIII

Pero pasemos al siglo siguiente. La corriente neoclásica del siglo XVIII supone, por lo general, una reacción en contra del estilo gongorino, en tanto que vuelven a entronizarse los escritores del siglo XVI y, en el fondo, algunos clásicos grecolatinos. Como ejemplo de sátira contra los cultos, podemos recordar un episodio de una novela poco conocida, la *Historia de Liseno y Fenisa* (Madrid, 1701), de Francisco Párraga Martel de la Fuente. En ella, un personaje de rasgos picarescos, llamado Luis se ve obligado a romper su relación amorosa con doña Eufrasia, porque ésta no entiende su cultísima y extravagante forma de expresión.

El personaje masculino citado dice de sí mismo que al principio “pronunciaba algunas voces que ni eran latinas, ni españolas, y con esto conseguía el aplauso de los necios; de este error vine a dar en el de seguir la escuela de los cultos, de aquellos que hacen estudio el escribir de modo que nadie lo entienda; y esto (a mi parecer) mejor lo conseguirían no escribiendo, porque es preciso que oyendo sus cultas o incultas voces, el discreto entienda que son disparatadas sus cláusulas, y solo la inmensa turba de ignorantes lo celebren, no por otra cosa, sino porque dicen que suenan aquellas

<sup>33</sup> [Juan de Vera Tassis y Villarroel], “Discurso de la vida y escritos de don Agustín de Salazar”, en *Cítara de Apolo. Varias poesías divinas y humanas*, Madrid, Antonio González de Reyes, 1694, primera parte, preliminares. El libro lleva aprobación de don Pedro Calderón de la Barca, “En Madrid, a 20 de enero de 1681”; Calderón fallece poco tiempo después, el 25 de mayo del mismo 1681.

<sup>34</sup> Sor Juana Inés de la Cruz, *Segundo volumen de las obras*, Sevilla, Tomás López de Haro, 1692, p. 171. Al respecto, cfr., Georgina Sabat de Rivers, “Trillo y Figueroa y el Sueño de Sor Juana”, en *Actas del Quinto Congreso Internacional de Hispanista*, ed. Maxime Chevalier y otros, Bordeaux, Université, 1974, vol. II, pp. 765-775.

voces, sin que ellos conozcan lo que suena. Seguí, pues el rumbo de estos incultos versificantes, y para ello iba olvidando mi natural lengua, ya despreciaba las castellanas voces por humildes, y ya formaba unas que hablaba, sin saber lo que quería decir con ellas”<sup>35</sup>.

El estilo que emplea el personaje en su carta a doña Eufrasia es un buen ejemplo de los extremos a que llega en su predilección por la expresión culta:

“Nací en tal horóscopo, que influyendo Crinita, y perpendicular en mi crepúsculo mi infausta Estrella, por el accediente cerúleo me destinó a la ephimera, donde es mi solaz el singulto; ahora, pues, el naufragio refulgente de tus fulgores me instimula a plorar en la sensible y tormentosa borrasca de las ráfagas del alado espumítico Dios; si vuestra sinedoche os ostenta venebólica a mis hipérboles y períodos, aclamaré mis timbres eternos y plausibles. Recebid (oh hermosa Dea) gratuita estos partos de mi relevante ingenio”<sup>36</sup>.

Los versos que acompañan la carta son bastante más oscuros:

“A ti (oh Platónica Dea)  
que en el idemne palustre  
de las Neptúnicas olas  
las ardientes aras muges.  
A ti perenne Belona  
que excediste el lygustre  
del Palómico valor,  
del Amazónico ilustre.  
A ti, que en Pyra Rethea  
aromáticas construyes  
los nudívagos vapores  
del Zéfiro, viento inmune.  
En hipérbole holocausto  
de los infaustos azules,  
que en la anatómica clase  
ilustran, exceden, rugen.  
Hoy en víctima plausible  
mi Pegasa atenta luce  
a tu cándido fulgor  
las reyertas de las nubes.  
No impúdica la desprecies  
que será facción inútil,  
que invaden ardientes rayos,  
a quien cede lo que pule”<sup>37</sup>.

La dama, que no ha entendido nada de los versos y poco de la carta, le responde que le hable en castellano y se enmiende:

“Señor mío, no sé qué responder al de V. md. porque habiendo estado discurriendo sus razones desde que lo recibí, no he podido entender alguna, y sin comentario juzgo por imposible llegar a

<sup>35</sup> Francisco Párraga Martel de la Fuente, *Historia de Liseno y Fenisa*, Madrid, Julián de Paredes, 1701, p. 121; actualizamos la graffa, salvo en el caso de empleo del cultismo.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 123.

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 123-124.



penetrarlo; si V. md. habla en culto, sepa que para mí es griego; enmiéndese si me escribiere otra vez, porque no me siento con ánimo de entrar en otras obscuridades, donde es preciso ir prevenida de lanterna; hábleme en nuestra castellana y natural lengua, sin valerse de ese mixto de voces tan disparatado, que así lo hago yo en este, donde no encontrará singultos, perpendicular, horóscopo, crinita, instimula y otras semejantes, como yo en el suyo, que aún no he salido de su naufragio, y me he quedado en ayunas de las ráfagas. Los versos no estimo, porque no sé si me satirizan o aplauden; en escribiéndome en romance responderé a V. md. a quien guarde Dios, etc”<sup>38</sup>.

En el polo opuesto a esta novela bizantina, podemos recordar la obra de un escritor cordobés, también poco conocido, que nos ofrece nada menos que una continuación de las *Soledades* gongorinas, llamado José León y Mansilla, cuya intención se expresa claramente ya desde la portada del libro (impreso en Córdoba, en 1718), puesto que titula su obra *Soledad tercera siguiendo las dos que dejó escritas el príncipe de los poetas líricos de España Don Luis de Góngora*. La misma idea recoge en la dedicatoria a don Pedro de Salazar y Góngora, indicando que su poema forma parte de un conjunto más amplio, “pues -escribe- siendo prosecución de las dos que dejó nuestro don Luis de Góngora, es fuerza se tenga por parte de aquel todo”<sup>39</sup>, lo mismo afirma fray Jerónimo Tolón, “en prosecución de las dos que dejó escritas el príncipe de los poetas líricos don Luis de Góngora, compuso don José de León y Mansilla, uno y otro ingenio lucidísimos partos de la antiquísima y nobilísima ciudad de Córdoba, madre tan fecunda de militares triunfos y sutilísimos ingenios”. Los elogios son hiperbólicos como corresponde a un buen amigo del autor, alabanzas que vuelve a repetir fray José Ruiz, aunque con más justeza y conocimiento, dejando claro que Góngora no tiene en León y Mansilla un emulador, sino que es más bien “su querido alumno [de] don Luis de Góngora [...] el autor en su mismo patrio suelo nace a ilustrar las tareas de su estudio, pues en esta soledad añade nuevos realces al Pindo, construye de certísimos empleos al curioso, aumenta los timbres de su antecesor como primero y le abroga el blasón de no tener segundo”. León y Mansilla supone que el peregrino ha encontrado el amor en una dama que vive en un palacio situado en la cumbre de un monte, “palacio yace en la soberbia cumbre” (v. 33); no parece que sea la misma “culta Leucipe”, aunque tiene el mismo nombre, también pretendida por el pescador Lícidas y una de las seis hijas del anciano pescador que acoge al protagonista en la *Soledad segunda*. El amor feliz, dominante en el poema, lo pone también de relieve León en uno de los sonetos introductorios que resume la idea general de la *Soledad tercera*: “Pasos del peregrino son, no errantes / sino acertados ya; pues ha logrado / mirar del sol lo que lloró eclipsado / venerando sus luces ya constantes” y en la introducción en verso insiste en la cuestión, “fue término a su mal, pues amoroso / el albergue le dio seguro puerto / reparando sus males y su vida” (vv. 8-10).

El escritor, mediante una serie de circunloquios retóricos, ofrece una defensa de la oscuridad, de la dificultad, que puede enlazarse con la conocida afirmación de Góngora: “honra me ha causado hacerme oscuro a los ignorantes”. Por su parte, León y Mansilla escribe: “Siempre ha sido el primor de la pintura las sombras; no porque éstas se finjan

<sup>38</sup> Ibid., p. 124.

<sup>39</sup> José León y Mansilla, *Soledad tercera siguiendo las dos que dejó escritas el príncipe de los poetas líricos de España don Luis de Góngora*, Córdoba, Esteban de Cabrera, 1718, preliminares sin paginar en ésta y en las siguientes referencias; actualizo las grafías en todas las citas de esta obra.

deidades, sino porque ellas sirven como diadema a las luces. No fuera venerado tanto lo hermoso del sol, si la noche con sus sombras oscuras, tanto como viste en ellas, no le ganara otros tantos amantes a sus matutinos rayos. Luz es el sabio, a cuya claridad, ¡oh lector docto!, rindo estos poéticos desvelos”. Más tarde aparece una *excusatio* del autor por la probable oscuridad del texto, añadiendo en su defensa que ello se deriva sobre todo del orden de la frase, del hipérbaton: no “pretendo -añade- usar de voces que no sean nacidas en nuestro clima o recibidas en nuestro idioma, sino que por la trabazón de ellas y la colocación de las frases, las haga para los vulgares estrañas, peregrinas e inauditas, y para los doctos propias”.

Quizá lo más valioso del poema sea el estilo, que implica un buen conocimiento de Góngora, cuyos recursos aparecen profusamente empleados, aun cuando el resultado carezca de la fuerza y el atractivo a que nos tiene habituados el gran poeta. De esta forma, por citar algún fragmento, nos ofrece León la llegada del peregrino ante el palacio:

“Hiriendo Apolo los bermejós brutos,  
que arrollan perlas y que tascan flores,  
y en las brutas campañas de Neptuno  
el carro lavan de su hermana hermosa,  
descubrió la vistosa  
poblada cumbre nuestro peregrino,  
al primer resplandor de los albores  
que Apolo le ofreció [...]” (vv. 48-55).

La crítica del siglo XVIII, muy abundante y antigongorina por lo general, sin querer prescindir por completo de los grandes creadores del Barroco, suele oponer la figura de Quevedo a la de Góngora, en beneficio flagrante del primero. Es lo que hace Luis José Velázquez, al estudiar y editar las poesías de Francisco de la Torre, en 1753, composiciones que él achaca sin ninguna duda al mismo Quevedo. He aquí un fragmento del prólogo: “Así dice [Quevedo] en la dedicatoria al Duque de Medina de las Torres, hablando del estilo de estas poesías, que publicaba: “Parece está floreciendo hoy entre las espinas de los que martirizan nuestra habla, confundiéndola, y al lado de los que la escriben propia, y la confiesan rica por sí, en competencia de la griega y latina, que soberbias la daban de mala gana limosna en las plumas de escritores pordioseros, que piden para ella lo que sobra para otras”. Así Lope como Quevedo pretendían de este modo combatir a Góngora y a otros malos poetas de su siglo, que habían empezado a corromper la lengua y la poesía castellana con el uso de voces bárbaras y oscuras, con frecuentes latinismos, con un estilo hinchado y lleno de un vano estrépito, con imitaciones frívolas, afectadas e impertinentes, y con los demás vicios del lenguaje y estilo, que en aquel tiempo se llamaba culto y del cual tantas veces se burlaron uno y otro autor. En el mismo año 1631, - añade Velázquez- en que publicó Quevedo estas *Poesías* con el nombre de Francisco de la Torre, dio también a luz las de fray Luis de León, llevado del mismo designio”<sup>40</sup>. Es decir, señalamos nosotros, como antídotos

<sup>40</sup> Luis José Velázquez, *Poesías que publicó don Francisco de Quevedo Villegas, Caballero de la Orden de Santiago, Señor de la Torre de Juan Abad, con el nombre del Bachiller Francisco de la Torres. Añádese en esta segunda edición un discurso en que se descubre ser el verdadero autor el mismo don Francisco de Quevedo*, Madrid, Imprenta D. Eugenio Bieco, 1753, p. XVII.

específicos a la corriente cultista se edita a Francisco de la Torre y a fray Luis de León.

Un buen conocedor del siglo XVIII, Emilio Palacios Fernández, sintetiza así lo que se pensó en la centuria ilustrada a propósito del poeta cordobés: “Y volviendo a los poetas, en particular, ¿cuáles son los juicios que se hace de cada uno de ellos? Naturalmente la peor parte se la lleva Góngora. Ni una sola edición de sus obras se hizo en el siglo XVIII, lo cual confirma la repulsa general. Sólo se recuerdan con gracia algunos de sus versos populares, más naturales, que se les da cabida en las antologías. El dispar Forner recuerda su lenguaje jocoso utilizado con naturalidad (unido también a Quevedo) en sus sátiras. Pero en general, su mención es para el desprestigio. Existe un antigongorismo visceral”<sup>41</sup>.

## El siglo XIX

Por lo que respecta al siglo XIX, se mantiene la misma tónica en la mayoría de los críticos y eruditos decimonónicos, rechazo que queremos ejemplificar en algunos autores, como Fernández Guerra y Menéndez Pelayo.

Por su parte, don Aureliano Fernández Guerra, tan afecto a Quevedo, de quien editó magistralmente la obra completa, a mediados del siglo XIX (1852), no pierde ocasión de zaherir a don Luis de Góngora y a todos los cultivadores de la tendencia cultista. Así, por ejemplo, considera a Quevedo como un modelo para el uso correcto de la lengua castellana frente a las innovaciones audaces de Góngora:

“Juntamente con Pedro de Valencia, Francisco de Cascales, Lope y Jáuregui, -escribe- [Quevedo] defiende la entereza y buen lustre de nuestra lengua, y desconcierta la audacia del culteranismo, que se abroquelaba en el gusto de Italia y se sostenía por la escuela de Córdoba. Llama al buen sendero a la juventud, estragada con el pestífero ejemplo de Góngora, dándole modelos para su estudio en la gravedad y magnificencia de las obras poéticas de fray Luis de León, del ignorado Francisco de la Torre y del maestro Francisco Sánchez de las Brozas, sacándolas del polvo y del olvido”<sup>42</sup>.

Resalta, además, los insultos de que Góngora hizo objeto al autor del *Buscón*:

“Góngora y Quevedo fueron siempre rivales: ambos escribían letrillas satíricas, y el último habíase erigido en paladín de la entereza y buen lustre de la hermosa lengua castellana, lastimada groseramente por los disparates y locuras del poeta de Córdoba. Echaba en su rostro a su adversario que dormía en español y soñaba en griego; burlábase de su *Anacreonte*, motejábale de malos pies y malos ojos, reía de la cruz roja de su pecho y de sus peregrinaciones, y en fin, zaheríale de borracho, de pedante gofo [necio], de muy crítico y muy lego, y otras lindezas semejantes”<sup>43</sup>.

Y don Aureliano desata finalmente su cólera contra el corruptor del buen gusto que, a su entender, es el poeta cordobés: “Mas haciéndose jefe de una secta de poesía confusa, ciega, enigmática, perdióse en busca de regiones desconocidas y maravillosas;

<sup>41</sup> Emilio Palacios Fernández, “Los poetas de nuestro Siglo de Oro vistos desde el XVIII”, en *II Simposio sobre el Padre Feijoo y su siglo*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1983, vol. 2, pp.517-543.

<sup>42</sup> Francisco de Quevedo y Villegas, *Obras*, ed. Aureliano Fernández Guerra, Madrid, Rivadeneyra, 1852, tomo I, p. XXXI.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. LXVI.

huyó la claridad y oscurecióse tanto que espantaba, no sólo al vulgo profano, sino a los más doctos y perspicaces ingenios. Con bárbaras trasposiciones descoyuntó la castellana lengua; de señora la hizo esclava, pretendiendo comenzase a tartamudear como si fuese niña; por extrañar y hacer más levantado el estilo, trajo del latín y de otros idiomas infinitos vocablos, despreciando la propia hermosa mujer por la ramera astuta; mezcló sin la debida templanza lo sublime y lo grotesco; abusó de las metáforas y vino a caer en bajezas tales<sup>44</sup>, etc., decimos nosotros.

Y no puede reprimir su disgusto, cuando comenta que la manera gongorina, a la que llama “greguería”, es aceptada por un sector cualificado del panorama literario y social de la época y se extiende sin cortapisas, aun después de su muerte: “Viola extenderse por toda España inficionando a legos y a letrados; viola, autorizada por el Conde-Duque, medrar, crecer y abrasar la corte entera; viola, en fin, amenazar de muerte a las letras, pervertir el ingenio, desfigurar la poesía, trastornar el habla común, introducir una nueva incomprensible lengua, y dar con todo, artes, literatura y ciencias, en el profundo caos de una metafísica monstruosa, hija del delirio, de la vanidad y de la ignorancia. Entonces se justificó el refrán de que un loco hace ciento. Al expirar Góngora en 1627, tuvo la satisfacción de que, después de haberlo satirizado, le imitaron y le siguieron todos<sup>45</sup>. Baste lo dicho, que podría ampliarse, para dejar clara la inquina del valioso erudito granadino con respecto a la figura y la obra de nuestro racionero.

Aún más trascendencia tuvo, a nuestro entender, la incomprensión de que fue objeto Góngora y sus grandes obras por parte de don Marcelino Menéndez y Pelayo, el gran crítico e historiador de las letras españolas, del que ya nos hemos ocupado más demoradamente en otra ocasión, pero queremos señalar, como una simple muestra, lo que piensa acerca de las *Soledades*:

“Góngora se había atrevido a escribir un poema entero (*Las Soledades*), sin asunto, sin poesía interior, sin afectos, sin ideas, una apariencia o sombra de poema, enteramente privado de alma. Sólo con extravagancias de dicción (*verba et voces praeterea que nihil*) intentaba suplir la ausencia de todo, hasta de sus antiguas condiciones de paisajista. Nunca se han visto juntos en una sola obra tanto absurdo y tanta insignificancia. Cuando llega a entenderse, después de leídos sus voluminosos comentadores, indigna a uno más que la hinchazón, más que el latinismo, más que las inversiones y giros pedantescos, más que las alusiones recónditas, más que los pecados contra la propiedad y limpieza de la lengua, lo vacío, lo desierto de toda inspiración, el afflictivo *nihilismo* poético que se encubre bajo esas pomposas apariencias, los carbones del tesoro guardado por tantas llaves. ¿Qué poesía es ésa que, tras de no dejarse entender, ni halaga los sentidos, ni llega al alma, ni mueve el corazón, ni espolea el pensamiento, abriéndole horizontes infinitos? Llega uno a avergonzarse del entendimiento humano cuando repara que en tal obra gastó miseramente la madurez de su ingenio un poeta, si no de los mayores (como hoy liberalmente se le concede), a lo menos de los más bizarros, floridos y encantadores en las poesías ligeras de su mocedad. Y el asombro crece cuando se repara que una obrilla, por una parte tan baladí y por otra tan execrable, como *Las Soledades*, donde no hay una línea que recuerde al autor de los romances de cautivos y de fronteros de África, hiciese escuela y dejase posteridad inmensa, siendo comentada dos y tres veces letra por letra con la misma religiosidad que si se tratase de la *Ilíada*<sup>46</sup>.

<sup>44</sup> Ibid.

<sup>45</sup> Ibid., p. LXVII.

<sup>46</sup> Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas* [1884], Madrid, CSIC, 1974, vol. I, pp. 807-808.

No queremos ahondar más en la herida crítica, que se nos antoja todavía dolorosa, contra don Luis. Pero además, y al contrario de lo sucedió con otros autores y tendencias, como el romanticismo alemán, que fueron reconocidos en su valía por parte de don Marcelino, cantando entonces la palinodia<sup>47</sup>, nos parece que no sucede así con Góngora y el culteranismo, a los cuales invistió de un sambenito negativo del que tardaron mucho tiempo en desprenderse.

Claro que, entre uno y otro, entre don Aureliano y don Marcelino, furibundos antigongorinos, como hemos visto, podemos encontrar algún texto a favor, como un soneto de don Ignacio Martínez de Argote, Marqués de Cabriñana, impreso en su colección de *Poesías* (1866), en el que se llama a sí mismo su pariente, bien poca cosa frente a tanta y tan autorizada opinión en contra. Se titula “Al descubrimiento que hice de los restos de mi pariente don Luis de Góngora y Argote”, y dice así:

De ardiente inspiración genio fecundo,  
orgullo y gloria de la hispana gente,  
ciñe lauro inmortal tu noble frente,  
tu fama es grande, como grande el mundo.  
¡Ah! yo te miro en tu anhelar profundo  
beber ansioso en la Castalia fuente  
las purísimas aguas que a tu mente  
dieron vuelo gigante y sin segundo.  
Allí cantaste a Angélica y Medoro,  
los claros timbres de la patria historia,  
con resonante voz y lira de oro.  
Mas ¡ay! que al esplendor de tanta gloria,  
al hallar de tus restos el tesoro,  
no encontré ni una piedra a tu memoria<sup>48</sup>.

Como vemos, el poeta se queja de que su ilustre antepasado o pariente no tiene lápida o escultura que lo recuerde, “no encontré ni una piedra a tu memoria”, dice en el último verso, y como si se tratase de un caso inverosímil de polifonía textual, don Juan Valera vendrá a retomar esa idea y a decir casi lo mismo bastantes años después, en una carta al doctor Thebussem, de 1888, donde señala: “La verdad es que no podemos quejarnos de sobra, sino de falta de estatuas en España. Y yo sospecho que no se erigen por escasez de dinero. Si yo lo tuviera, había de erigir en Córdoba, capital de mi provincia, cinco lo menos: a Séneca, al Gran Capitán, a Góngora y al duque de Rivas”<sup>49</sup>.

No es, sin embargo, Valera afecto a la obra de don Luis, al menos a los poemas

<sup>47</sup> Al respecto, cfr. Dámaso Alonso, *Menéndez Pelayo, crítico literario (Las palinodias de don Marcelino)*, Madrid, Gredos, 1956.

<sup>48</sup> Ignacio M. Martínez de Argote y Salgado, *Poesías*, Madrid, Rivadeneira, 1866, p. 49. Sobre este personaje, que tiene el título de Marqués de Cabriñana, hay interesantes noticias en Luis María Ramírez de las Casas Deza, *Biografía y memorias especialmente literarias*, pról. José Manuel Cuenca Toribio, Córdoba, Facultad de Filosofía y Letras, 1977; así, en p. 179, se habla del deseo de Martínez de Argote “de erigir un suntuoso sepulcro a su pariente”, y se incluye un epitafio, obra de Ramírez de la Casas, que figura ahora en la capilla de San Bartolomé de la Catedral de Córdoba; hay una foto del personaje en p. 183.

<sup>49</sup> Juan Valera, *Correspondencia (1888-1894)*, ed. Leonardo Romero Tobar, Madrid, Castalia, 2006, vol. V, p. 124.

mayores, y como constatación podemos recordar una de sus *Cartas americanas*, fechada en 27 de febrero de 1888, que trata sobre Víctor Hugo, en la que sale a relucir el lírico cordobés en los siguientes términos:

“¿Fue o no fue Góngora un excelente e inspirado poeta? ¿Quién se atreverá a negar que lo fue? Sus romances, sus letrillas, algunos sonetos, la canción a la Invencible Armada, dan de ello claro e irrefragable testimonio. Hasta en el *Polifemo* y en las *Soledades* su ingenio resplandece. Pero ¿será menester, a fin de no incurrir en contradicción, cerrar los ojos y no ver los desatinos, las extravagancias y el perverso gusto que afean las *Soledades*, el *Polifemo* y otras obras de mi egregio paisano? Hágase usted cuenta de que Víctor Hugo es algo semejante: es un Góngora francés de nuestros días. Ha escrito más que Góngora, y ha tenido más aciertos, y ha creado más bellezas que Góngora; pero también ha dicho muchísimos más disparates”<sup>50</sup>.

Esto explica que don Manuel Azaña<sup>51</sup>, que tan bien conocía el pensamiento valeriano, disienta de forma tajante cuando Giménez Caballero encuentra, mucho tiempo después, en un número de *La Gaceta Literaria* de 1927, cierta simpatía de Valera por Góngora; y dice así don Manuel: “El tarambana de Jiménez Caballero inserta un profuso artículo, en el que la evolución literaria se explica por Góngora. De paso, adulaciones a Ortega. ¿De dónde habrá sacado Jiménez que Valera tenía consideración por Góngora, ni que le admire, o restaure su importancia?”<sup>52</sup>.

De la misma tendencia contraria al poeta cordobés es el prologuista de la edición de los poemas de Martínez de Argote, ya citada, el Marqués de Valmar, bien conocido por su espléndida colección de poetas españoles del siglo XVIII y buen amigo de Valera. En la introducción se manifiesta así don Leopoldo Augusto de Cueto:

“Otro tanto, y aún más, podría decirse de Góngora, que malogró gran parte de sus admirables facultades nativas, no arrastrado por el ímpetu de las tendencias naturales, sino avasallado por la moda funesta de la hipérbole y del concepto. La posteridad ha hecho, sin razón, a Góngora responsable de este lamentable desvío del buen gusto, y autorizados críticos, como Quintana, han consagrado esta injusticia histórica, llamando al eminente lírico *gran innovador*. La hinchazón de la frase y el alambicamiento de la idea no nacieron en Córdoba. Eran una plaga intelectual, que cundía entonces por la Europa entera; que contagiaba, no sólo a las letras, sino a la sociedad culta y refinada; que no perdonaba ni a los entendimientos más puros y elevados, como Shakespeare y Calderón, y que tenía apóstoles y víctimas en España, en Francia, en Italia y en Inglaterra. En Góngora hay dos poetas diferentes: uno profundamente natural y sencillo, inspirado por sus nobles instintos; otro enmarañado, ampuloso y oscuro, seducido por el oropel de la moda. En el romance *Angélica y Medoro*, y en otros muchos, así como en innumerables canciones, sonetos y letrillas, es Góngora tal cual le hizo la naturaleza; en el *Polifemo* y en las *Soledades*, es Góngora tal cual le hizo su época”<sup>53</sup>.

<sup>50</sup> Juan Valera, “Sobre Víctor Hugo”, *Cartas americanas, Obras completas*, ed. Luis Araujo Costa, Madrid, Aguilar, 1958, vol. III, p. 215.

<sup>51</sup> Entre los estudios dedicados a Azaña son importantes los de José Peña González, *Los ideales políticos de Manuel Azaña*, Madrid, Universidad Complutense, 1981; Id., *Manuel Azaña: el hombre, el intelectual y el político*, Madrid, Fundación Colegio del Rey, 1991; Id., Valera y Azaña, Cabra, Delegación de Cultura, 2006; Id., *El único estadista: una visión satírico burlesca de don Manuel Azaña*, Madrid, Fundamentos, 2007, etc.

<sup>52</sup> Manuel Azaña, *Diarios completos. Monarquía, República, Guerra Civil*, introd. Santos Juliá, Barcelona, Crítica, 2004, 2ª ed., p. 132.

<sup>53</sup> Ignacio M. Martínez de Argote y Salgado, *Poesías*, op. cit., pp. VIII-IX.

Pero no sólo en este lado del Atlántico encontramos ese rechazo, cuando no indiferencia, entre los cerebros críticos más cualificados del momento, sino que en la América hispana, “la que reza a Jesucristo y aún habla en español”, como decía Rubén Darío, hay voces que se alzan contra la poesía gongorina, concediendo, sin embargo, eso sí, la enorme influencia que allí había tenido el racionero cordobés en las últimas centurias. Es lo que documentamos, por ejemplo, en el amplio estudio de Juan León Mera, sobre la poesía ecuatoriana, donde afirma: “Mas ya en aquel tiempo [se refiere al siglo XVII] el mal gusto introducido por Góngora había esparcido sus tinieblas y envuelto en ellas al Parnaso castellano; nuestra poesía comenzó por tanto bajo malísimas influencias: cúpole la suerte de tener por primera maestra a la locura”<sup>54</sup>. Es posible que el crítico decimonónico se haga eco de la idea de que algunos de los poemas de Góngora son producto de un trastorno mental de su autor, cuando la verdad es que el escritor sufrió una afección cerebral que “se le atrevió a la cabeza”<sup>55</sup>, como recuerda Pellicer, poco antes de fallecer, cuando ya no escribía nada; y añade el autor de las *Lecciones solemnes*: “No padeció el juicio, como se divulgó, aunque enfermó de la cabeza, que en la memoria fue donde hizo presa el achaque, embargándole el alma, aquella potencia tan esencial para quien se mira cerca de desatarse de la cárcel penosa del cuerpo y desamparar esta porción frágil de tierra”<sup>56</sup>.

Para cualquier poeta, para cualquier escritor, estas opiniones negativas en torno a lo más importante de su obra, habrían bastado para hundirlo en el más profundo de los olvidos. Por fortuna, no sucede eso con Góngora, sino que vuelve poco a poco a instalarse por derecho propio en el panorama de las letras hispánicas.

Y fue casi por la misma época en que nuestros mejores cerebros críticos (Fernández Guerra, Menéndez Pelayo, entre otros, etc.) se ocupan en denostar la obra gongorina, especialmente sus poemas mayores, cuando algunos poetas, simbolistas franceses en este caso, hacen referencias a Góngora, aisladas, eso sí, pero que pudieron bastar en principio a llamar la atención sobre la figura olvidada. En este sentido, en el ámbito de la poesía simbolista y decadente, que tiene preferencia por lo raro, por lo extraño, por lo que ya no está de moda, pudo iniciarse cierta revisión de la figura de don Luis, por lo que éste tenía para ellos de extravagante y exquisito. Así, encontramos un verso de las *Soledades*, el último de la *Soledad* primera, como epígrafe o cita literaria a un poema un tanto voluptuoso de Paul Verlaine, acorde en eso con el verso gongorino indicado, “a batallas de amor campo de plumas”<sup>57</sup>. El poema está incluido en una de las primeras colecciones poéticas de Verlaine, *Poèmes saturniens* (1866), y se titula “Lassitude”, “Cansancio”, en el que encontramos versos como “Calme un peu ces transports fébriles, ma charmante”<sup>58</sup>. (Calma un poco estos transportes febriles, mi encantadora)”, es decir,

<sup>54</sup> Juan León Mera, *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana desde su época más remota hasta nuestros días*, Barcelona, José Cunil Sala, 1893, p. 34. Lo recuerda también Antonio Carreira, “Góngora después de Dámaso Alonso”, *Gongoremas*, Barcelona, Ediciones Península, 1998, p. 20, que remite a Emilio Carilla.

<sup>55</sup> José Pellicer de Salas y Tovar, “Vida de don Luis de Góngora (Vida mayor)”, en Luis de Góngora, *Obras poéticas*, ed. Raymond Foulché-Delbosc, New York, The Hispanic Society of América, tomo III, p. 305.

<sup>56</sup> *Ibid.*

<sup>57</sup> Luis de Góngora, *Soledades*, ed. Robert Jammes, Madrid, Castalia, 1994, p. 419.

<sup>58</sup> Paul Verlaine, *Poèmes saturniens, Oeuvres poétiques complètes*, ed., Y.-G Le Dantec, Paris, Editions Gallimard, 1962, p. 63. La traducción de Luis Guarner, de este poema completo, al que titula “Lasitud”, puede verse en Paul Verlaine, *Obras poéticas*, Madrid, Aguilar, 1965, p. 71.

el verso gongorino no resulta arbitrario en el contexto del poema, sino que marca en cierto sentido la pauta de su contenido, por lo que se puede pensar que el poeta francés tenía algún conocimiento correcto de los textos gongorinos, aunque sin presumir que pudiera penetrar la compleja selva de las *Soledades*.

El hecho es que, por esos años de finales de siglo, en la metrópoli francesa, otro simbolista menos conocido entre nosotros, Jean Moréas, de origen griego, cuyo nombre auténtico era Ioannis Papadiamantopoulos, solía saludar a Rubén Darío con un estentóreo “¡Viva don Luis de Góngora y Argote!”, cuando ambos se encontraban en el habitual café parisino<sup>59</sup>.

Lo más importante de la aportación de Darío son tres sonetos, recogidos bajo el título de “Trébol”, de los que todavía solemos repetir algún verso en las celebraciones gongorinas de esta Academia: “Las rosas a Velázquez, a Góngora claveles”, poemas publicados en 1899, con motivo del centenario de Velázquez. El primer soneto rubendariano, de forma clásica, en endecasílabos, imita una carta que el alma o la sombra de Góngora dirige a la de Velázquez, recordándole, en este momento en que se celebra su glorioso centenario, aquella ocasión en la que el poeta fue retratado por el pintor; en él interesa resaltar el verso “yo en equívoco altar, tú en sacro fuego”, que se refiere al prestigio de Velázquez y a la falta de aceptación de Góngora. El segundo soneto, también clásico, es la respuesta de Velázquez a Góngora augurándole un pronto resurgimiento de su gloria: “ya empieza el noble coro de las lirás / a preludiar el himno a tu decoro”, en tanto que los personajes Angélica y Medoro, tan queridos por Góngora, vuelven a amarse de nuevo y Polifemo le traerá una nueva palma, que es el emblema clásico de la victoria quizá contra el tiempo y la muerte o el olvido en esta ocasión. El tercer soneto es de tipo modernista, con versos alejandrinos, no lleva título y está dedicado por Rubén al poeta cordobés y al pintor sevillano. Contiene una cita de la *Soledad primera* y apunta las afinidades que ve Rubén en los dos; caracteriza a Góngora recurriendo al empleo de los símbolos más queridos del modernismo, el cisne, el castillo que se alza en el azul, los ruiseñores...; consagra a Velázquez la rosa y a Góngora los claveles, la flor más querida de nuestro poeta, como comprobamos, por

<sup>59</sup> He aquí como cuenta Rubén Darío sus relaciones con este escritor: “Con quien tuve más intimidad fue con Juan Moreas. A éste me presentó Carrillo en una noche barriolatinesca. Ya he contado en otra ocasión nuestras largas conversaciones ante animadores bebedizos. Nuestras idas por la madrugada a los grandes mercados, a comer almendras verdes, o bien salchichas en los figones cercanos, donde se surten obreros y trabajadores de “les Halles”. Todo ello regado con vinos como el “petit vin bleu” y otros mostos populares. Moreas regresaba a su casa, situada por Montrouge, en tranvía, cuando ya el sol comenzaba a alumbrar las agitaciones de París despierto. Nuestras entrevistas se repetían casi todas las noches. Estaba el griego todavía joven; usaba su inseparable monóculo y se retorció los bigotes de palikaro, dogmatizando en sus cafés preferidos, sobre todo en el Vachetts, y hablando siempre de cosas de arte y de literatura. Como no quería escribir en los diarios, vivía principalmente de una pensión que le pasaba un tío suyo que era ministro en el gobierno del rey Jorge, en Atenas. Sabido es que su apellido no era Moreas, sino Papadiamantopoulos. Quien desee más detalles lea mi libro *Los Raros*. Me habían dicho que Moreas sabía español. No sabía ni una sola palabra. Ni él, ni Verlaine, aunque anunciaron ambos, en los primeros tiempos de la revista *La Plume*, que publicarían una traducción de *La Vida es Sueño*, de Calderón de la Barca. Siendo así como Verlaine solía pronunciar, con marcadísimo acento, estos versos de Góngora: “A batallas de amor campo de plumas”; Moreas, con su gran voz sonora, exclamaba “No hay mal que por bien no venga”... O bien: en cuanto me veía: “¡Viva don Luis de Góngora y Argote!”, y con el mismo tono, cuando divisaba a Carrillo gritaba: “¡Don Diego Hurtado de Mendoza!”. Tanto Verlaine como Moreas eran popularísimos en el Quartier, y andaban siempre rodeados de una corte de jóvenes poetas que, con el Pauvre Lelian, se aumentaban de gentes de la mala bohemia, que no tenían que ver con el arte ni con la literatura”, Rubén Darío, *Autobiografía, Obras completas*, Madrid, Mundo Latino, 1918, pp. 116-117.



ejemplo, en la letrilla “Caído se le ha un clavel / hoy a la Aurora del seno”, entre otros textos. Al final se describe un cuadro renacentista en el que se une Angélica con las Meninas y las Musas. He aquí el último de los sonetos:

En tanto *pace estrellas* el Pegaso divino,  
y vela tu hipogrifo, Velázquez, la Fortuna,  
en los celestes parques al Cisne gongorino  
deshoja sus sutiles margaritas la Luna.

Tu castillo, Velázquez, se eleva en el camino  
del Arte como torre que de águilas es cuna,  
y tu castillo, Góngora, se alza al azul cual una  
jaula de ruiseñores labrada en oro fino.

Gloriosa la península que abriga tal colonia.  
¡Aquí bronce corintio, y allá mármol de Jonia!  
Las rosas a Velázquez, y a Góngora claveles.

De ruiseñores y águilas se pueblan las encinas,  
y mientras pasa Angélica sonriendo a las Meninas,  
salen las nueve Musas de un bosque de laureles<sup>60</sup>.

Y claro, aunque volvemos siempre a Rubén, tenemos entre nosotros algún otro poeta del modernismo hispánico que recuerda también a Góngora, es lo que sucede con el poeta Manuel Reina, de Puente Genil, que publica, algo antes que Darío, en 1898, un mediano poema en versos octosílabos, que comienza así:

“En las noches invernales  
Cuando brama el aquilón  
Y triste la lluvia suena  
Como funeral tambor,  
Góngora, el insigne vate  
De los campos y del sol,  
Viejo, pobre y enclavado  
Sobre la cruz del dolor,  
Para calmar sus pesares  
Lanza su imaginación,  
De la aurora de su vida  
Por el cielo brillador.  
Y vese joven, al viento  
Dando su argentina voz  
Bajo las verdes palmeras  
Y los naranjos en flor”<sup>61</sup>.

<sup>60</sup> Rubén Darío, “Trébol”, *La Ilustración Española y Americana*, 15 de junio de 1899, p. 374. Se incluye luego en *Cantos de vida y esperanza*, cfr. Rubén Darío, *Cantos de vida y esperanza. Los cisnes y otros poemas*, Madrid, Mundo Latino, 1918, pp. 121-124.

<sup>61</sup> *La Ilustración Española y Americana*, 22 de mayo de 1898, p. 306. La composición de Reina está recopilada ahora en Santiago Reina López, ed., *Manuel Reina: catalogación completa de su obra. Análisis de su poesía en el tránsito del Modernismo*, Córdoba, Diputación Provincial, 2005, pp. 815-817, para el poema sobre Góngora.

## El siglo XX

Al abordar el siglo XX, constatamos de manera bien visible que en esta centuria, al contrario de lo que hemos visto en las dos anteriores, la figura y la obra de Góngora se ven siempre positivamente, y han acabado por tomar carta de naturaleza en los análisis y ediciones de nuestro Siglo de Oro, por dos causas fundamentales: primero, por la labor callada y rigurosa de muchos estudiosos, españoles, europeos y americanos, y segundo, de forma más visible, por la reacción de un grupo de jóvenes poetas en contra de la Real Academia de la Lengua, con motivo de la celebración del centenario de nuestro escritor, en 1927.

En el primer caso encontramos una larga lista de intelectuales y críticos que dedican su vida, en su mayor parte, al estudio y difusión de la obras gongorina, entre los que nos parece justo destacar a Raymond Foulché-Delbosc, Lucien-Paul Thomas, Alfonso Reyes, Miguel Artigas, Juan Millé y Giménez, Antonio Vilanova, Dámaso Alonso, Eunice Joiner Gates, Emilio Orozco, Robert Jammes, Laura Dolfi, Antonio Carreira, José Lara Garrido, Melchora Romanos, Joaquín Roses, José María Micó, Antonio Pérez Lasheras, Enrica Cancelliere, Amelia de Paz, Rafael Bonilla entre otros.

Los estudios serios sobre Góngora se inician en el ámbito francés, aunque en España contábamos con algunos precedentes de interés, como la edición de las *Cartas y poesías inéditas de don Luis de Góngora* (Granada, 1892), de Enrique Linares García, o los interesantes opúsculos de Manuel González Francés, *Góngora racionero. Noticias auténticas de hechos eclesiásticos del gran poeta* (Córdoba, 1896), y *Don Luis de Góngora vindicando su fama ante el propio obispo* (Córdoba, 1899).

Entre los primeros, cronológicamente hablando, está Raymond Foulché-Delbosc, que prepara una importante bibliografía gongorina, aparecida en la *Revue Hispanique*, París, 1908, a la que confiesa haber dedicado su atención durante ocho años, labor que venía precedida de varios artículos en la misma revista, en tanto a Lucien-Paul Thomas debemos dos libros: *Le lyrisme et la préciosité cultistes en Espagne* (Halle, 1909) y *Góngora et le gongorisme considérés dans leurs rapports avec le marinisme* (París, 1911).

Como resulta imposible, en este momento, señalar ni siquiera lo más básico de las aportaciones de los gongoristas mencionados, queremos resaltar, como ejemplo, la labor del mejicano Alfonso Reyes, que nos presenta el perfil del poeta con los siguientes rasgos:

“[Góngora] era un señorito cordobés, hijo del juez de bienes confiscados por la Inquisición; mimado y protegido por un tío suyo que poco a poco le fue cediendo sus rentas y beneficios; emparentado con lo mejor de la ciudad [...]; que asistido de ayo bachiller, había llegado a Salamanca a los quince años, y en los cuatro que duró su errabundo paseo por entre las cátedras de Leyes, acertado a gastarse sus dos mil ducados cabales [...]; que pronto se acostumbró a deber más de lo que tenía y a contar con la protección ajena [...]; que, a los veinticuatro, se dejó imponer las órdenes mayores para poder heredar a su tío en la ración familiar del cabildo [...]. En los autos de la visita que por 1588, hizo a Córdoba el obispo don Francisco Pacheco, consta [...] el capítulo de cargos contra el racionero Góngora [...]: que asiste rara vez al coro, y cuando acude a rezar las horas canónicas anda de acá para allá, saliendo con frecuencia de su silla; [...] que ha concurrido a fiestas de toros en la Plaza de la Corredera, contra lo terminantemente ordenado a los clérigos por *motu proprio* de Su Santidad [...]; que vive, en fin, como muy mozo, y anda de día —y de noche— en cosas

ligeras; trata con representantes de comedias y escribe coplas profanas”<sup>62</sup>.

Por lo que se refiere a la labor de los poetas del 27, muchos de ellos también excelentes críticos, como Gerardo Diego, Pedro Salinas o Jorge Guillén, hay que señalar que su intervención en la vida literaria fue definitiva para hacer de don Luis un poeta conocido en todos los ámbitos. Su particular celebración ha sido objeto de muchos estudios, por lo que no vamos a entrar en ella, sino que resumimos lo esencial del suceso en las palabras de un crítico italiano:

“En 1927 se celebró un funeral en honor de don Luis de Góngora y Argote al cumplirse el tercer centenario de su muerte. El funeral fue organizado por Gerardo Diego y patrocinado por la revista *Carmen* y el suplemento *Lola*. En la invitación, firmada por “los nietos de Góngora”, aparecían Jorge Guillén, Pedro Salinas, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Federico García Lorca y Rafael Alberti. La misa se celebró en la iglesia barroca de Santa Bárbara, en Madrid; y, a pesar de las invitaciones a las autoridades y el anuncio en los periódicos, pocos amigos más se sumaron a los firmantes. Los oficiantes espiaban con gran embarazo a aquellos jovencitos apretados en el primer banco con un clavel rojo en el ojal, intentando averiguar quién podía ser el pariente más próximo del difunto, para echarle el incienso. Al final se decidieron por José Bergamín, que tenía el rostro más fúnebre”<sup>63</sup>.

Don Manuel Azaña, que vivió de cerca estas celebraciones juveniles, como un extraordinario intelectual que era, inmerso en la vida cultural de su momento, las recuerda así en sus diarios, correspondientes a la fecha del 30 de mayo de 1927:

“Encuentro a Salinas y Guillén [...]. También Dámaso Alonso, a quien no conocía. Hemos hablado de la trifulca gongorina. Algunos jóvenes poetas y aficionados mueven ruido con motivo del centenario de Góngora, y como Valle-Inclán ha dicho, no sé a quién ni para qué periódico, que Góngora le parece muy mal, el gongorino militante Gerardo Diego ha entrado en malsana cólera y trazado un programa, en el cual figura el proyecto de apedrear la casa de Valle-Inclán. Como la casa no es suya, supongo que la amenaza no le dará cuidado. Gerardo Diego ha enviado una lata de zotal a Valle, para que se desinfeste las barbas; un puñado de alfalfa a Astrana Marín, y unas herraduras a García Soriano, que, por lo visto, también se ha manifestado poco amigo de Góngora. Gerardo Diego es hombre poco atrayente. Sus amigos dicen que es muy fanático. Tiene un hermano jesuita. Lo que ha hecho con Valle es una tontería. Entre las conmemoraciones de Góngora se cuenta una misa que estos mismos jóvenes han mandado decir y que han oído devotamente. Eso hace la Academia con Cervantes. Me parece a mí que lo mejor de Góngora no sería el decir misa”<sup>64</sup>.

Y otro día, el 1 de junio, el mismo Azaña comenta el monográfico que *La Gaceta Literaria* dedica a Góngora: “*La Gaceta Literaria* de hoy viene consagrada al centenario de Góngora. Resulta que han escrito cartas a cierto número de escritores pidiéndoles opinión sobre Góngora, y, o no lo han leído, o no tienen tiempo de escribir sobre él.

<sup>62</sup> Alfonso Reyes, *Tres alcances a Góngora, en Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, tomo VII, fragmentos de pp. 171 a 175.

<sup>63</sup> Vittorio Bodini, “El redescubrimiento de Góngora”, en *Los poetas surrealistas españoles*, trad. Carlos Manzano, Barcelona, 1971, p. 26.

<sup>64</sup> Manuel Azaña, *Diarios completos. Monarquía, República, Guerra Civil*, intrd. Santos Juliá, op. cit., p. 130.

Publican la respuesta de Valle. Y un artículo de Gerardo Diego en el que asegura que Valle no es poeta, ni lo ha sido nunca”<sup>65</sup>.

Pero ¿qué había dicho Valle, en realidad? Todo procede de la carta, inserta en la publicación indicada, que dice así:

“Releí a Góngora hace unos meses -el pasado verano- y me ha causado un efecto desolador, lo más alejado de todo respeto literario. ¡Inaguantable! De una frialdad, de un rebuscamiento de precepto... No soy capaz de decir una cosa por otra. Perdónenme y manden a su atento amigo, que les estrecha la mano, Valle Inclán. Madrid, 15-2-1927”<sup>66</sup>.

### La Real Academia de Córdoba

Capítulo aparte, y más desarrollo del que podemos dedicar en esta ocasión, puesto que ya lo hicimos en otra ponencia, expuesta en esta misma institución, es la aportación de la Real Academia de Córdoba al centenario de Góngora, en 1927. Allí recordamos los artículos pioneros de don Rafael Castejón, publicado en el diario madrileño *El Sol*, de 2 de julio de 1925, titulado “El Centenario de Góngora”, o las aportaciones de Cristóbal de Castro, en *El Diario de Córdoba*, de 12 de julio de 1925, “El español más sutil”, en *Blanco y Negro*, del 1 de mayo de 1927, “Góngora a los tres siglos”, y en *La Esfera*, del 11 de junio de 1927, “Ante el III Centenario. Góngora o el clásico más moderno”.

He aquí lo que señalamos entonces a propósito de la sesión académica cordobesa que se celebró en su honor: “La Academia celebra por la noche una extraordinaria y solemne sesión en el salón de actos del Círculo de la Amistad; intervienen don Rafael Castejón, se canta el himno a Góngora, compuesto por don Benigno Iñiguez con música del maestro Gómez Camarero y a continuación el Alcalde de Córdoba, don Francisco Santolalla, toma la palabra. Seguidamente se da lectura a una brillante corona poética, en la que han intervenido Blanco Belmonte, Ricardo de Montis, Eduardo Baro, Carlos Valverde, Belmonte Müller, Fernández Cantero y Francisco Arévalo. El canónigo Ruiz Calero hace un encendido panegírico de Góngora; otros poetas, Diego Molleja y Benigno Iñiguez, leen más composiciones; el discurso final lo pronuncia el señor Jaén Morente y trata de España y de Góngora”<sup>67</sup>.

En su momento dejamos claro que la seriedad y el valor de sus publicaciones, tanto del *Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba*, núm. 18, correspondiente a enero-junio, de 1927, como del libro de *Versos de Góngora. En el III Centenario del óbito del poeta* (Córdoba, 1927), el rigor de sus sesiones académicas, la constante atención a Góngora y el mantenimiento de su memoria es algo que siempre ha figurado entre los intereses primordiales de nuestra docta casa; y es algo, además, que, con la seguridad de lo ya instituido, se hace y se seguirá haciendo.

Porque en la actualidad, como decimos, y en el seno de nuestra institución, se sigue

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 132.

<sup>66</sup> *La Gaceta Literaria*, núm. 11, 1º de junio de 1927, p. 1. Se trata del número monográfico dedicado a Góngora, aunque en realidad sólo tres páginas están dedicadas a él, pp. 1, 2 y 6. Además de la carta de Valle-Inclán aparecen respuestas, entre otros, de Antonio Machado, desde Segovia, que se excusa diciendo que está muy ocupado; de Unamuno, que afirma que no lo entiende, y de Ortega, que dice del poeta que es maravilloso e insoportable.

<sup>67</sup> Antonio Cruz Casado, “La prensa cordobesa en la celebración del centenario de Góngora (1927)”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 127, julio-diciembre, 1994, p. 130.

prestando atención continuada a Góngora, gracias entre otras cosas al Instituto de Estudios Gongorinos, del que han sido directores don José María Ortiz Juárez<sup>68</sup>, don Feliciano Delgado León<sup>69</sup> y don Manuel Gahete Jurado<sup>70</sup>, que lo es en la actualidad; de todos ellos hemos destacado, en diversos lugares y con motivos diferentes, sus singulares y valiosas aportaciones en el ámbito de los estudios gongorinos. En ese espacio crítico están los libros *Estudios sobre Góngora* (Córdoba, 1996) y *La poesía religiosa de Góngora* (Córdoba, 2005), editados por nuestra Academia. Además, y por obra de don Manuel Gahete, Góngora está también inmerso en el maremagnum de Internet, con una espléndida página en cervantesvirtual que coordina nuestro admirado director y amigo.

En las celebraciones gongorinas del mes de mayo, que organiza el indicado Instituto, no falta el aspecto religioso, con la misa en memoria del poeta, en cuya homilía don Miguel Castillejo Gorráiz, celebrante habitual, suele expresar atinadas observaciones sobre aspectos religiosos y morales de la obra del racionero cordobés; en el mismo sentido, hay que indicar que las sesiones académicas correspondientes y las lecturas poéticas han contado con la acertada participación de muchos de los componentes de este ilustre cuerpo académico<sup>71</sup>.

### Disculpas y final

Pero no quiero abusar más de su generosa atención, ni poner a prueba la paciencia de nuestro flamante y docto, no sé si gongorino, censor, al que pido disculpas si no he cumplido a rajatabla con lo previsto, sobre todo en lo que se refiere a la administración del tiempo, pero el tema es tan amplio y, a ratos, tan interesante, al menos para algunos de nosotros, que no nos podemos sustraer a cierto apasionamiento y a la consiguiente demora.

Quiero acabar este discurso de presentación con una cita de Pellicer, es decir, de don José Pellicer de Salas y Tovar, uno de los grandes comentaristas de la creación gongorina, cuyas palabras queremos hacer nuestras:

“si bien varón tan grande como don Luis merecía espíritu más elevado que el mío; y no entiendan sus enemigos que ha muerto, pues en sus obras vive inmortal contra el tiempo, y a pesar de las envidias ha de durar su memoria eterna contra el tesón de los años y la porfía de los siglos, que en cuanto el mundo permaneciere, ha de estar constante el nombre heroico de don Luis de Góngora”<sup>72</sup>.

<sup>68</sup> Vid. “Intervención de D. Antonio Cruz Casado. “Dejad los libros ahora, señor Licenciado Ortiz” (Los estudios sobre Góngora de José María Ortiz Juárez”, en “Sesión necrológica en honor del Ilmo. Sr. D. José M<sup>o</sup> Ortiz Juárez”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 142, 2002, pp. 151-155.

<sup>69</sup> Vid. “Intervención de D. Antonio Cruz Casado”, en “Sesión necrológica en honor del Ilmo. Sr. D. Feliciano Delgado León”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 148, 2005, pp. 37-40.

<sup>70</sup> Cfr. Antonio Cruz Casado, “Presencia y huella de don Luis de Góngora en algunos libros poéticos de Manuel Gahete”, en *Ánfora Nova*, núm. 61-62, Rute, 2005, pp. 74-77.

<sup>71</sup> Entre ellos hay que mencionar a don José Valverde Madrid, con diversas aproximaciones a cuestiones gongorinas, muy bien documentadas y certeras, cfr. al respecto, “Intervención de D. Antonio Cruz Casado”, en “Sesión necrológica en honor del Ilmo. Sr. D. José Valverde Madrid”, *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, núm. 144, 2003, pp. 43-47. Además inserta cuestiones gongorinas un interesante libro recopilatorio de José María Ocaña Vergara, *En torno a Góngora y otros ensayos de literatura cordobesa*, Córdoba, Diputación Provincial, 1993.

<sup>72</sup> José Pellicer de Salas y Tovar, “Vida de don Luis de Góngora y Argote (Vida mayor)”, en Luis de Góngora, *Obras poéticas*, ed. R. Foulché-Delbosc, New Yor, The Hispanic Society of America, 1921, tomo III, p. 308.